

CAPÍTULO V

Vertiente Occidental Circumpuneña. Desde las sociedades posarcaicas hasta las preincas (ca. 1.500 años a.C. a 1.470 años d.C.)

VICTORIA CASTRO, JOSÉ BERENGUER, FRANCISCO GALLARDO,
AGUSTÍN LLAGOSTERA, DIEGO SALAZAR

Este capítulo sobre la arqueología regional de Antofagasta intenta aproximarse a los sistemas de organización social y económico, los patrones de asentamientos, las redes de interacción, y sintetizar las expresiones materiales que dan cuenta de los modos de vida de las comunidades que habitaron los parajes de costa, oasis, precordillera y altiplano intermontano de la vertiente occidental de la subárea circumpuneña durante el tiempo comprendido aproximadamente entre los 1.500 años a.C. a 1.470 años d.C*. Este lapso abarca los periodos Formativo, Medio e Intermedio Tardío, época en que las poblaciones de tierras altas adoptaron una economía agropastoril con énfasis diferenciados. En la costa, sin embargo, perduró por milenios un modo de vida basado en la caza, recolección y pesca.

1. La Subárea Circumpuneña¹

El territorio que en la Colonia recibió el nombre de Atacama corresponde actualmente a la Provincia de El Loa, puna aledaña y su franja costera en la Región de Antofagasta (Figura 1). Desde el punto de vista cultural este espacio se inserta dentro del Área Centro-Sur Andina que comprende territorios que comparten una tradición andina, actualmente pertenecientes a cuatro países: Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Los territorios de tierras altas del norte de nuestro país, que participan del enorme paisaje planiforme del altiplano boliviano y el ámbito circumpuneño de Atacama involucran tanto a Bolivia y Chile como a Argentina².

En las tierras altas de Antofagasta podemos distinguir (Figura 1) una franja de oasis de pie de puna situados hacia los 2.400-2.800 metros de altitud, en donde destacan los oasis de Calama, Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama; es el reino de los valorados recursos arbóreos del chañar y el algarrobo. Este paisaje es seguido en altura por una zona de precordillera con predominio de una vegetación arbustiva de tolar entre los 2.700 a 3.600 msnm, y luego por un altiplano intermontano con una vegetación predominante de pajonales y bofedales altoandinos, recursos todos excelentes para el pastoreo de camélidos, la recolección de vegetales y la caza de animales con distintos usos. Las quebradas en la precordillera proveen también de recursos forrajeros ribereños y de un despliegue de laderas aprovechados para la agricultura en terrazas³, estas últimas, verdaderas obras ingenieriles para el manejo de la tierra y el agua⁴.

* En este capítulo se utilizan fechas calendáricas expresadas en años antes o después de Cristo (a.C.-d.C.).

¹ Lumbreras 1981; Aldunate y Castro 1981.

² Castro 2009:85.

³ Villagrán y Castro 2004.

⁴ Castro 1988; Alliende *et al.* 1993.

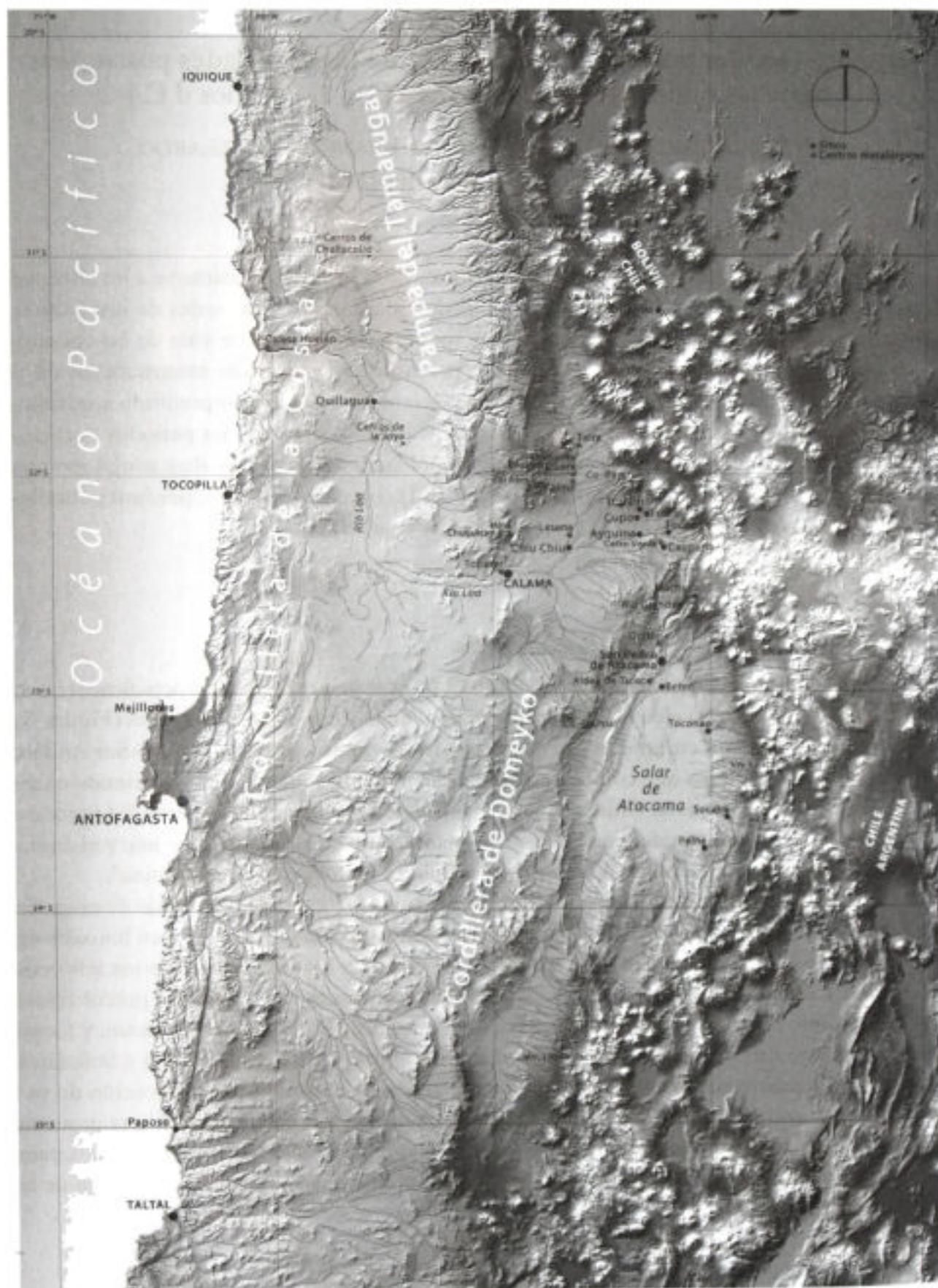


Figura 1. Mapa de Antofagasta. Provincia de El Loa y costa aledaña (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

Las estrategias adaptativas elegidas por las poblaciones andinas en estas latitudes señalan como característica fundamental una alta movilidad en tiempos prehispánicos, la que contribuyó a situaciones de contradicción cultural; de hecho, se han comprobado nexos entre el altiplano del lago Titicaca y las tierras altas de la cuenca del río Loa desde tiempos preincaicos. Cronistas y otras fuentes documentales se refieren a la fuerte interdigitación poblacional que se presenta en esta área al momento de la conquista y luego durante la consolidación colonial temprana, que incluye entre otros, a grupos *aymara*, *uru* y *pukina* parlantes en los primeros tiempos coloniales⁵. Esta situación parece corresponder en parte a movimientos generados por el principio de ecocomplementariedad andina⁶, que incluye tanto desplazamientos verticales siguiendo la gradiente altitudinal, como horizontales, vinculados a los recursos costeros.

En este contexto quisiéramos orientar al lector a una lectura diferente del espacio al que nos enfrentamos hoy, regido por los límites geopolíticos, ya que nos parece que a través del tiempo un conocimiento profundo de sus paisajes y recursos permitió a las poblaciones de la subárea Circumpuneña usufructuar de ambas vertientes de los Andes, estableciendo formas de buscar con la mayor eficiencia el bienestar y equilibrio social y económico.

Por cierto, las sociedades del desierto costero aledaño tuvieron sus propias complejidades, sus nexos con diferentes agregados sociales y una gran autonomía asociada a un modo de vida cazador-recolector relacionado con el mar Pacífico desde milenios. Dentro de esta continuidad sus innovaciones fueron revolucionarias a nivel tecnológico con equipos sencillos pero altamente especializados para apropiarse de los recursos del litoral y de mar afuera.

2. El Periodo Formativo en Atacama (1.500 años a.C. - 400 años d.C.)⁷

El Formativo en América ha sido interpretado por los especialistas como un momento de profundas transformaciones económicas y sociales respecto a la época de cazadores-recolectores que la precede⁸. De acuerdo con estas consideraciones, la adopción de la agricultura y la ganadería habría permitido a estas antiguas comunidades liberarse de un modo de vida errante, impredecible y permanentemente afectado por la escasez de alimentos⁹. Aunque esta noción histórica posea importantes evidencias materiales, los actuales estudios de cazadores-recolectores prehistóricos y contemporáneos han permitido discutir los fundamentos de esta arraigada creencia antropológica, pues ahora sabemos que estos estilos de vida no fueron ajenos a la complejidad tecnológica y social¹⁰. Y este es precisamente el caso de las comunidades pastoralistas del desierto de Atacama, dado que la domesticación de camélidos, el manejo de rebaños de llamas y su uso en el transporte de bienes a escala interregional fue un logro preexistente resultado de conocimientos y prácticas derivados de la estrecha relación de convivencia entre el cazador y sus presas¹¹. Poca duda cabe que el Periodo Formativo ata-

⁵ Bouysse Cassagne 1975; Galdos 1985.

⁶ Salomon 1985.

⁷ Esta sección del Periodo Formativo incorpora resultados inéditos producto del proyecto FONDECYT 1110702: Intercambio, movilidad y consumo conspicuo funerario durante el Formativo Medio (500 a.C.-100 d.C.), río Loa medio e inferior (desierto de Atacama). Francisco Gallardo, investigador responsable.

⁸ Childe 1978; Willey y Phillips 1958.

⁹ Lee y De Vore 1968.

¹⁰ Arnold 1996b; Kelly 1995; Núñez y Santoro 2011; Yacobaccio 2004.

¹¹ Cartajena, Núñez y Grosjean. 2007; Mengoni 2008; Yacobaccio, Elkin y Olivera. 1994.

cameño y su radical nuevo modo de vida fue el corolario de un clima histórico de experiencias innovadoras, el curso inevitable de una imaginación colectiva basada en el conocimiento adquirido, la creatividad y el asombro. Hacia el año 1.500 a.C., quienes habitaban el desierto de Atacama abandonaron paulatinamente y de modo radical un estilo de vida dominado por la caza y recolección vigente por casi 10 mil años (Figura 2). Esta es una época que instaura un modo de construcción simbólico y social cuyo signo gravitará como herencia constitutiva de la diversidad atacameña representada culturalmente por las comunidades de la actualidad. Podemos aventurar que el mayor logro de este periodo residió en la materialización de un tipo de circunscripción social y ecológica que permitió la ocupación humana de todos los espacios productivos disponibles, donde la vida aldeana inicial se constituyó de manera comunitaria o corporativa, una forma de organización social que era superior a los intereses de sus individuos o sus unidades domésticas. Estas prácticas de integración social se expresan en sus cementerios aglutinados y en su especial despliegue ceremonial que –al igual que el patrón residencial– aparecen justamente en esta época¹². Si esto era efectivo a nivel local, donde la productividad era especializada tanto por sus recursos como por su posición geográfica, entre las localidades se estableció un extenso sistema de senderos que permitieron la movilidad recíproca de personas, animales, bienes y conocimientos¹³. Esto favoreció consensos culturales a escala regional, cuya función permitía no solo proporcionar un sentido de pertenencia, sino también minimizar los riesgos económicos y sociales del sedentarismo adoptado por estas comunidades antiguas. Se trataba de una red de complementariedad zonal entre pares, aunque afectada de manera desigual por las identidades, recursos y prestigios relativos de cada localidad.

Sabemos que toda forma cultural descansa sobre contenidos económicos y sociales, prácticas que durante el Formativo atacameño se expresaron en un repertorio distintivo de procesos de producción. El pastoralismo, la caza de animales silvestres, la recolección de frutos y tubérculos, proporcionaron alimentos indispensables en la dieta diaria. Sin embargo, el manejo de animales silvestres y domesticados fue clave en la manufactura textil y el transporte a larga distancia¹⁴. La minería del cobre y la lapidaria orientada a la fabricación de cuentas contribuyó al intercambio, y la metalurgia inicial a la asignación de nuevos papeles sociales¹⁵. La agricultura permitió la introducción de una nueva culinaria y fue solidaria con la adopción de las tecnologías cerámicas, que sirvió tanto en lo doméstico como en lo ceremonial¹⁶. Esta diversidad de medios fue la base de la subsistencia y el pilar de una producción excedentaria sustantiva en la circulación de bienes y construcción de la vida intra e intercomunal.

Los cazadores-recolectores marinos de Antofagasta no permanecieron indiferentes a este periodo de transformaciones, puesto que simultáneamente avivaron una sustantiva interacción social al amparo de su floreciente economía, participando de las redes de intercambio con instrumentos y adornos de concha, así como abundante pescado seco, un síntoma incuestionable de una naciente complejidad social.

¹² Núñez, Cartajena, Carrasco, De Souza y Grosjean 2006a; Pollard 1970; Thomas *et al.* 1995.

¹³ Cases *et al.* 2008; Gallardo 2009a; Núñez 1976; Núñez y Dillehay 1979; Pimentel *et al.* 2011.

¹⁴ Agüero y Cases 2004; Cartajena 1994; Labarca y Gallardo 2012.

¹⁵ Núñez, Cartajena, Carrasco, De Souza y Grosjean 2006a; Rees 1999; Soto 2010.

¹⁶ Uribe 2006b.

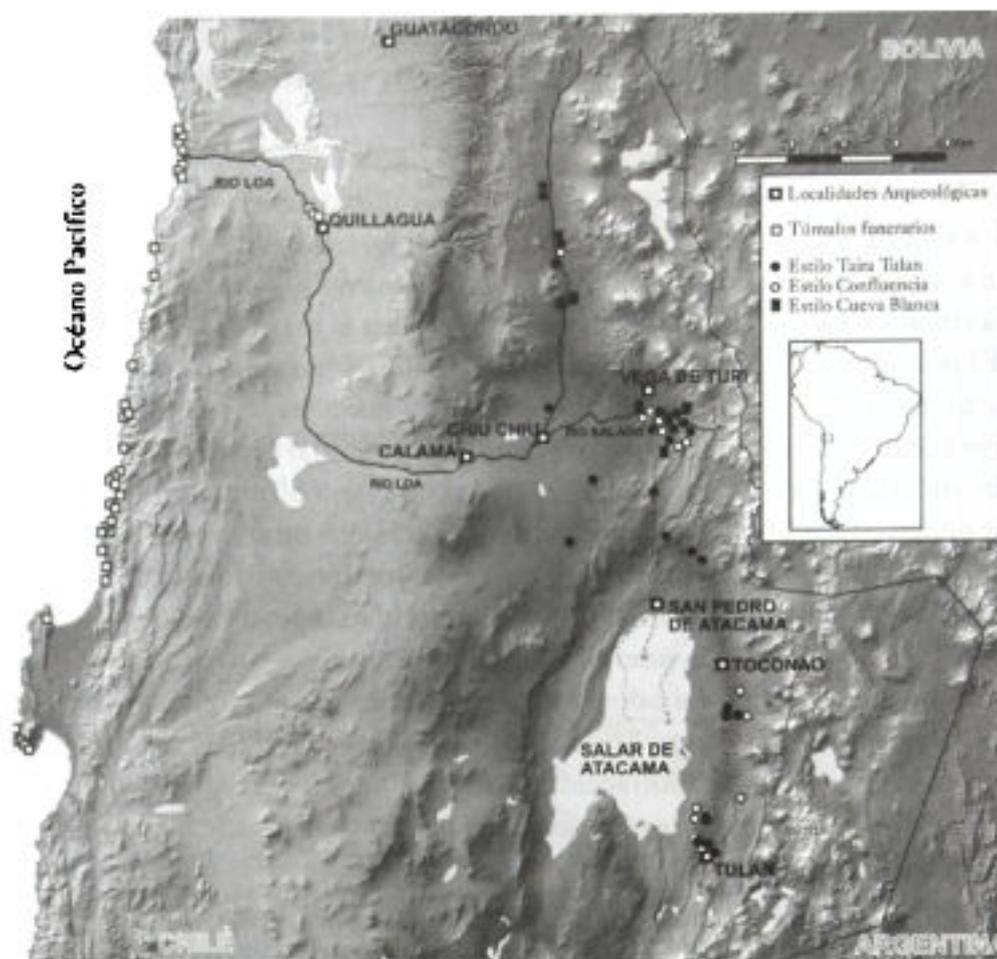


Figura 2. Mapa con las principales localidades arqueológicas, túmulos funerarios costeros y sitios de arte rupestre formativos mencionados en el texto (Foto: Fco. Gallardo).

2.1. Sedentarización y complejidad social inicial: *Formativo Temprano* (1.500-500 años a.C)

La localidad más antigua de este primer momento aldeano se emplaza en la quebrada de Tulan al sureste del salar de Atacama. El corto cauce alimentado por aguas subterráneas y la vegetación de ribera favoreció un nucleamiento poblacional aldeano sostenido por la caza de vicuñas y guanacos, la recolección de frutos, tubérculos y raíces silvestres, el pastoreo de llamas usadas para el transporte y una incipiente horticultura, que incluyó quinua, calabaza, zapallo, oca y maíz¹⁷. Los habitantes de Tulan ocuparon también los ambientes lacustres altoandinos y las vegas a orillas del salar, diversificando tanto sus estrategias de subsistencia y producción de bienes para el intercambio, como la elaboración de cuentas en mineral de cobre que también incluían como materia prima conchas del Pacífico y de las selvas orientales¹⁸. Al amparo de estos recursos la comunidad formativa de Tulan desarrolló una economía excedentaria y aprovechó eficazmente su posición geográfica privilegiada en relación con los circuitos de movilidad caravanera, en particular aquellos que unían

¹⁷ Núñez *et al.* 2009b.

¹⁸ Núñez 2007; Soto 2010.

el desierto de Atacama con los territorios transandinos del Noroeste Argentino, localidades distantes que proporcionaron pipas de cerámica, plantas psicoactivas, conchas de moluscos terrestres, obsidiana y alfarería¹⁹.

Hacia el año 1.500 a.C. la intensificación productiva y singular participación en el sistema de tráfico de bienes a larga distancia hizo de la localidad de Tulan un eje de articulación simbólica y social de prestigio sin precedentes para el formativo de la región atacameña. La aparición de arquitectura ceremonial en el corazón de una de sus aldeas da prueba tanto de su importancia ritual como de la complejidad social relativa al manejo de conocimientos "esotéricos"²⁰. El pequeño "templo" conocido como Tulan 54 fue socavado bajo la superficie y rodeado por un muro de grandes rocas tabulares entre la cuales se construyeron depósitos o trojas, su piso fue nivelado y sirvió para el entierro ceremonial de numerosos infantes entre 6 y 12 meses de edad, algunos de los cuales portaban como ofrenda figuras de oro laminado, vasos de piedra grabados, collares de cuentas en mineral de cobre, colgantes de conchas de moluscos terrestres y una pequeña escultura de piedra con forma de ave. El carácter sagrado de este recinto, cuyas basuras sugieren actividades festivas colectivas de carácter redistributivo, es mayor si se considera las obras rupestres ejecutadas sobre las superficie rocosas del muro perimetral. Grabados y pinturas de los estilos formativos "Taira-Tulan" (Figura 3) y "Confluencia" (Figura 4) que, distribuidos por toda la región precordillerana atacameña, sugieren un tipo de interacción social que involucraba activamente a todas las localidades²¹. Los animales grabados representan llamas y las pinturas un amplio repertorio de técnicas de captura de camélidos silvestres, animales que en la vida diaria proporcionaban riquezas como alimentos, transporte y lana²². Esta exitosa relación liderada por pastores y cazadores fue expuesta en el arte rupestre y expresada también en hilados y tejidos tempranos²³ (Figura 5), manufacturas de excepción que de acuerdo con la historia andina fueron indispensables en la definición de estatus y relaciones propias de lo político y social.



Figura 3. Panel de grabados Taira-Tulan (largo 777 cm.), localizado en la confluencia de los ríos Caspana y Salado (Dibujo: Bernardita Brancoli).

¹⁹ Núñez, Cartajena, Carrasco, De Souza y Grosjean 2006a y 2006b.

²⁰ Núñez, Cartajena, Carrasco, De Souza y Grosjean 2006a.

²¹ Berenguer 1995; Gallardo 2001; Gallardo *et al.* 1999; Gallardo y De Souza 2008; Núñez *et al.* 2009a.

²² Gallardo y Yacobaccio 2005, 2007.

²³ Cartajena *et al.* 2009.



Figura 4. Escena de caza por rodeo o chacu del estilo de pinturas Confluencia (alto 110 cm), localizada en la confluencia de los ríos Caspana y Salado (Dibujo: Bernardita Brancoli).



Figura 5. Textil del cementerio Topater (Calama) fechado entre 410 a 360 años cal. a.C. El diseño con marco y las simetrías son los mismos que aquellos observados en el estilo de arte rupestre Cueva Blanca (Foto: Francisco Gallardo).

Durante el formativo del desierto de Atacama no existen paralelos arqueológicos para los hallazgos de Tula; ningún otro lugar rivaliza en ceremonialismo, arquitectura, productos de intercambio y densidad de desperdicios cerámicos, líticos y óseos animales, por lo cual es razonable adjudicarle un papel de privilegio en la trama social de la época²⁴, una malla política y cultural que integraba a poblaciones de oasis, quebradas precordilleranas y vegas altoandinas.

Los asentamientos en el extremo norte del salar, como San Pedro de Atacama, fueron favorecidos por suelos de potencial agrícola y abundantes frutos del algarrobo y el chañar, mientras aquellos en el río Vilama aprovecharon el forraje disponible para el pastoreo y caza

²⁴ Núñez 1994; Núñez, Cartajena, Carrasco, De Souza y Grosjean 2006.

de camélidos²⁵. En la cuenca del río Salado, principal tributario del río Loa, sus habitantes hicieron uso extenso de los recursos asociados a quebradas y vegas, en especial fauna silvestre como guanacos, vicuñas, vizcachas y chinchillas, y pastizales que sostenían sus rebaños de llamas²⁶. Aunque el patrón residencial para estas ecozonas es poco conocido, la aldea de mayor extensión se localiza en un oasis bajo alimentado por los ríos Loa y Salado. En las cercanías del actual pueblo de Chiu-Chiu y a pocos metros de la ribera del primer río, sobre una superficie de más de dos hectáreas se distribuyen numerosas habitaciones semicirculares de muros bajos que aprovecharon los socavamientos naturales de la planicie rocosa²⁷. Sus densos depósitos de basuras producto del trabajo y consumo doméstico muestran una población estable con pastoreo de llamas y agricultura, la recolección de frutos silvestres e importantes aportes producto de la caza de guanacos²⁸. Este núcleo habitacional era combinado con campamentos secundarios donde se realizaban sus actividades económicas como el pastoreo y la agricultura, la extracción de materiales para la confección de instrumentos de piedra y aquellas relacionadas con la producción de cuentas en mineral de cobre²⁹. El manejo de camélidos destinados al transporte les permitió una activa participación en el tráfico de bienes, pues hay cerámicas de filiación transandina y productos del litoral Pacífico, como pescado seco y conchas usadas como instrumentos, recipientes y adornos³⁰.

Aunque por el tamaño de la aldea Chiu-Chiu 200 (910± 290 años a.C.)³¹, se colige un gran número de habitantes y proporciona una idea acerca de los efectos poblacionales del sedentarismo, sabemos que este tipo de inferencias es poco fiable. Sin embargo, no resulta extraño que en el oasis de Calama a unos cuantos kilómetros al poniente de este sitio de vivienda el cementerio de Chorrillos –que comenzó a ser usado hacia el año 800 a.C. y estuvo en funcionamiento durante unos cuatro siglos– haya mostrado un número superior a trescientos cincuenta individuos entre hombres, mujeres y niños³². Por sus ofrendas se concluye que, al igual que sus vecinos de Chiu-Chiu, estos eran pastores y cazadores de camélidos, y tenían acceso a los frutos del algarrobo y la quínoa. Su papel en el tráfico prehispánico es claro, pues la evidencia extralocal es numerosa. Los ostiones, choros, locos e incluso restos de corvina, indican intensos movimientos hacia la costa del Pacífico. Un par de gastrópodos de agua dulce conteniendo pigmentos rojos y láminas de oro recortadas, hallazgos muy populares en Tulan 54, son prueba de sus conexiones con el flujo de bienes transandinos. Sus cuentas tubulares de cobre fundido que abundan hacia el Loa inferior y objetos de hueso recortado interpretados como adornos de turbantes hechos con madejones de lana, unen a esta gente con aquella de más al norte en la Región de Tarapacá, en particular aquella alojada junto al río Guatacondo³³. Esta vocación de los pastores de Chorrillos hacia el intercambio y la movilidad debió ser ventajosa, dado que estos últimos contaban con enormes riquezas minerales de cobre.

Bajando por el curso del río Loa y a unos 70 km del litoral, el valle se abre para alojar un amplio bosque de algarrobo y chañar. Junto al actual pueblo de Quillagua se han informado

²⁵ Agüero 2005.

²⁶ Aldunate *et al.* 1986; Orellana *et al.* 1969; Sinclair 2004.

²⁷ Benavente 1982.

²⁸ Cartajena *et al.* 2009.

²⁹ Pollard 1970.

³⁰ Benavente 1982; Pollard 1970.

³¹ Benavente 1982.

³² Westfall y González 2010.

³³ Meighan 1980.

numerosos cementerios formativos, aunque de cronología absoluta desconocida. Dada la densidad de estas ocupaciones humanas, es razonable pensar que el lugar fue colonizado tempranamente. Más aún, existen evidencias para sostener que en este lugar se estableció un centro ceremonial cuya fundación sería contemporánea al templete de Tulan, pero que, a diferencia de este, correspondería a actividades rituales emparentadas con las poblaciones contemporáneas de Tarapacá y Valles Occidentales (Arica-Pisagua)³⁴. Al oriente del río y no lejos del poblado actual los antiguos habitantes levantaron tres montículos mediante sucesivas capas de vegetales, tierra y diversos restos de cultura material. Entre estos últimos destacan perforadores y desechos líticos, mineral de cobre y placas calcáreas usadas como cuentas, fragmentos de tejidos sencillos, cerámica, láminas y cuentas tubulares en cobre laminado, fragmentos de cucharas de madera, agujas de espinas de cactus, semillas de vilca y otras del oriente boliviano, calabazas, conchas, vértebras y cuero de pescado, maíz y algarrobo. Aunque la vida útil de estos monumentos fue larga en el tiempo, sus materiales revelan a Quillagua como un nudo dentro de la compleja red de circulación de personas y bienes de este periodo inicial.

En este clima de innovaciones la adopción de la cerámica es probablemente la tecnología de mayor importancia social durante el Formativo Temprano, pues es un índice de cambios profundos en el sistema culinario cotidiano y ritual³⁵. Los nuevos contenedores permitieron preparar alimentos que en su estado natural son dañinos para el consumo humano y fueron utilizados en la preparación e ingesta de bebidas fermentadas durante fiestas y ceremonias. La alfarería más distintiva en esta época es conocida como "Los Morros" y la variedad más característica se reconoce por su pulido tosco, paredes gruesas, macizas y pasta granulosa³⁶. Ocasionalmente exhibe decoraciones de aspecto corrugado y no son pocas aquellas con incisos, impresiones de uña y modelados. Esta es una familia cerámica amplia e incluye cuencos, ollas, botellas y jarros usados en el almacenaje, servicio de alimentos y la cocina. Su popularidad es vasta y afecta a todas las ocupaciones conocidas desde la cuenca del río Loa hasta la quebrada de Tulan. Esta distribución regional decae abruptamente en el oasis de Quillagua, donde predominan otros tipos cerámicos monocromos, algunos de los cuales tendrían importantes funciones domésticas y otros operarían como ofrendas funerarias³⁷. Aunque la información es limitada, estas diferencias serían resultado de la presencia de una población cuya filiación político-cultural estaría vinculada a centros de Tarapacá, en particular a aquellos asentados en Guatacondo³⁸.

Finalmente, otro cambio sociotécnico significativo se aprecia en la confección de puntas de proyectil, ya que junto a aquellas destinadas a los tradicionales dardos de estólica o propulsor, se observa la aparición de puntas de formato más pequeño, un diseño que los analistas atribuyen al sistema de propulsión mecánica propio del arco y la flecha³⁹. Se cree que la adquisición de este dispositivo habría estado más relacionada con el conflicto social que con las actividades de caza, una consecuencia de un clima tenso correlativo al sedentarismo y la vida aldeana, pues con seguridad este tipo de agregación social debió dar origen a políticas territoriales sobre los recursos sin precedentes en la historia regional.

³⁴ Agllero *et al.* 2006.

³⁵ Uribe 2006b.

³⁶ Sinclair *et al.* 1997; Uribe 2006b.

³⁷ Uribe y Ayala 2004.

³⁸ Meighan 1980.

³⁹ De Souza 2004b.

2.2. *Circunscripción y complementariedad zonal: Formativo Medio (500 años a.C.-100 años d.C.)*

Con posterioridad al año 500 antes de Cristo y tras el abandono del centro de prestigio localizado en Tulan, emergen aldeas y poblaciones estables en prácticamente todas las localidades y ecozonas del desierto de Antofagasta⁴⁰. El diseño aldeano que predomina en esta época muestra recintos de planta circular aglutinados, cuya norma constructiva muestra gran diversidad. Mientras en el oasis de San Pedro de Atacama los muros fueron logrados con grandes adobones estucados (Tulor 1), en las quebradas altas se utilizaron hiladas simples o dobles de bloques rocosos rellenos con sedimentos (Calar); fórmulas arquitectónicas que difieren de aquellas del Loa Medio, donde se utilizaron casas-pozo excavadas directamente sobre la superficie de rocas blandas con pilares de algarrobo y techumbres de cañas de colas de zorro, sedimentos y capas de totora (San Salvador 1). Pese a sus diferencias materiales, todas estas habitaciones permitieron crear un amable ambiente de vivienda y trabajo que evitaba las extremas temperaturas del día y la noche desértica.

El escenario económico asociado al sedentarismo aportó especialización productiva ecozonal, generación de excedentes y una robusta red de intercambios hacia el interior y exterior de la región. Las poblaciones de quebrada intensificaron el modo pastoril y cazador y aquellas de oasis adoptaron una agricultura que incorporó porotos, quínuva y maíz, pero, como en épocas anteriores, la recolección del algarrobo y la crianza de camélidos domesticados dominaron ampliamente la economía. Sin embargo, la minería del cobre y el manejo de rebaños de llamas cargueras fueron estrategias sustantivas en el modelado económico social de estas comunidades⁴¹. Esto favoreció con amplitud la circulación de bienes de larga distancia, como la alfarería transandina Vaquerías, con lucidas decoraciones negras y rojas sobre fondo crema de extensa distribución regional⁴². Sin embargo, las evidencias de consumo conspicuo tienen su mejor expresión en las ofrendas del cementerio de Topater, sitio ceremonial en el oasis de Calama que estaba en funcionamiento hacia el 400 y 300 a.C., donde se registra pescado seco y conchas del Pacífico, plumas y semillas de origen selvático, trompeta de hueso de camélido con piel de quirquincho, brazaletes tejidos con pequeñas cuentas de conchas enhebradas, pipas para la ingesta de alucinógenos, finas cerámicas del Noroeste Argentino y extremidades de llamas cargueras. Algo semejante ocurre en el cementerio de Toconao Oriente a orillas del salar de Atacama, pues en sus contextos alfareros más tempranos –posteriores al año 500 a.C.– aparecen pipas modeladas, cerámicas y caracoles de agua dulce de origen transandino⁴³. Resulta oportuno anotar aquí que mientras en la cerámica local abundan los botellones globulares rojos pulidos, las urnas con aplicaciones e incisos y otras cerámicas pulidas, en Topater y otros sitios contemporáneos del Loa Medio la alfarería predominante es aquella conocida como “Los Morros”, “Loa Café Alisado” y una variedad de piezas pulidas.

⁴⁰ Adán y Urbina 2007; Agüero 2005; Agüero *et al.* 2006; Agüero y Uribe 2011; Orellana 1988-89; Le Paige 1965; Llagostera *et al.* 1984; Sinclair 2004; Pollard 1970; Torres-Rouff *et al.* 2012; Núñez 2005.

⁴¹ Labarca y Gallardo 2012.

⁴² Castro *et al.* 1992; Korstanje 1995; Llagostera *et al.* 1984.

⁴³ Le Paige 1972-73; Núñez y Dillehay 1979; Orellana 1991.

Junto a los bienes circularon también conocimientos técnicos de especial importancia económica y social, como la metalurgia del cobre y los tejidos a telar⁴⁴. Entre estos últimos son populares las cintas tejidas envolviendo recipientes de conchas marinas, túnicas listadas de estilo "Alto Ramírez" y las extraordinarias tapicerías con diseños simétricos de inconfundible raigambre tarapaqueña. Estas estructuras iconográficas darán origen al estilo de arte rupestre "Cueva Blanca", característico por sus composiciones enmarcadas y figuras en simetría especular, obras pictóricas que se distribuyen por toda la región atacameña, coexistiendo con las finas pinturas del estilo "Confluencia"⁴⁵. Estos nuevos recursos visuales introdujeron también una figura emblemática del Formativo al norte de nuestra región, un personaje con tocado dentado que en Tarapacá ha sido registrado en tejidos, grabados, geoglifos y una silueta recortada sobre una lámina de oro⁴⁶. Aunque la circulación de esta imagen tiene gran cobertura en el arte rupestre del desierto de Atacama, es sobre las localidades del río Loa aguas arriba del oasis de Calama donde alcanza su mayor frecuencia. La condición fronteriza entre ambas regiones favoreció la interacción social, que se entiende mejor si se considera la importante ocupación formativa de Guatacondo no lejos de la cabecera del río Loa y con rutas que conectan de manera directa con el oasis de Calama⁴⁷.

Respecto a la metalurgia del cobre, destacan artefactos de este metal como cucharas y cascabeles, pero la mayoría de los objetos conocidos se ajusta a formas simples y tienen gran cobertura regional. Se trata básicamente de pequeñas placas sub-rectangulares y cuentas tubulares confeccionadas a partir de láminas generalmente interpretadas como adornos. Objetos de este tipo han sido hallados en sitios arqueológicos de Calama, San Pedro de Atacama y el oasis de Quillagua⁴⁸. Hasta ahora es esta última localidad la que presenta el mayor número de estos hallazgos y dado que hasta ahora ningún sector de la región atacameña ha proporcionado evidencias del proceso minero metalúrgico, es posible que un centro de producción se encuentre emplazado al sur de Tarapacá, en las inmediaciones de Guatacondo, zona donde los reconocimientos han ofrecido trozos de escoria en asociación a varios conjuntos residenciales⁴⁹. Desde esta localidad existe un importante sendero prehistórico que recorre el desierto hacia el sur, en dirección a Quillagua, donde se une con una red vial que articula las más importantes poblaciones del río Loa. La tecnología metalúrgica debió permitir una explotación artesanal de los bosques de oasis, habilitando el florecimiento de un nuevo artesanado. De hecho, los hallazgos de placas metálicas en contextos habitacionales de Guatacondo y Tular han sido interpretados como cinceles que pudieron ser usados como formones, cepillos o azuelas, instrumentos de carpintería cuya función ha sido descrita para épocas posteriores⁵⁰. Esto amerita otorgarle otro uso a las placas interpretadas como simples adornos o colgantes, pues no puede descartarse *a priori* su probable uso instrumental. Como sea, la explotación forestal no era desconocida por las gentes de este periodo, pues poca duda cabe que las habitaciones requirieron de pilares, vigas y costaneras para dar estructura a los techos,

⁴⁴ Agüero y Cases 2004; Gallardo 2012.

⁴⁵ Gallardo 2009a; Sinclair *et al.* 1997.

⁴⁶ Cabello y Gallardo 2014.

⁴⁷ Cabello y Gallardo 2014.

⁴⁸ Agüero *et al.* 2006; Llagostera *et al.* 1984; Núñez 1971; Westfall y González 2010.

⁴⁹ De Bruyne 1963; Mostny 1970; Mostny y Niemeyer 1983.

⁵⁰ Graffam *et al.* 1994; Llagostera *et al.* 1984; Mayer 1986.

y en muchos otros aspectos de la vida diaria la madera fue de especial importancia. Menos extraño resulta, entonces, que en este momento es cuando aparecen finos tallados en madera, como las tabletas para uso de sustancias psicoactivas, pilones, cucharas, instrumentos musicales y también arcos, astiles, recipientes, tablillas, estacas, tapones y otros accesorios⁵¹.

Las innovaciones de este periodo modelaron profundamente el panorama social y cultural atacameño, contribuyendo a la emergencia de diferentes poblaciones sedentarias en prácticamente todas las localidades de la región, un proceso de diversidad cultural regional determinado por la naturaleza ecozonal de las economías locales y sus interacciones sociales preferenciales. En este sentido resulta sugerente comprobar que el arte rupestre atacameño muestra flujos de conocimientos visuales heterogéneos, pues mientras las localidades rupestres del río Loa incorporan iconografía tarapaqueña, aquellas otras emplazadas en quebradas sobre los 3.000 metros de altura, una extensa zona desde el río Salado –el principal afluente del Loa– hasta la quebrada de Tulan en el suroeste del salar de Atacama, aparecen afectadas de manera extensa por los estilos “Taira-Tulan” y “Confluencia”⁵².

2.3. Consolidación sedentaria: *Formativo Tardío (100-400 años d.C.)*

Esta época representa la consolidación de un largo periodo de innovaciones, cuya expresión territorial, productiva y artesanal sienta las bases de un estilo de vida sedentario donde el ganado de carga e intercambio, la minería del cobre para lapidaria y metalurgia, la recolección de algarrobo y la agricultura tendrán efectos dominantes hasta alrededor del año 900 d.C. Desde un punto de vista histórico y social es en el oasis de San Pedro de Atacama donde hallamos el mayor nucleamiento poblacional y construcción de un nuevo eje de prestigio con alcances de carácter regional⁵³. Su nuevo estilo cerámico denominado Sequitor, con cuencos y vasos cilíndricos grises y negros pulidos, se transformó en un bien apetecido por las comunidades alojadas en el perfil costa-tierras altas de Antofagasta⁵⁴. Quizá la única excepción sea el valle de Quillagua que en este momento coparticipa de una esfera de interacción dominada por las poblaciones de Tarapacá⁵⁵.

La rúbrica del fino manejo artesanal que se atribuye al estilo alfarero Sequitor se extiende también a la metalurgia del cobre, pues proliferan ahora brazaletes, aros, hachas y otros instrumentos asociados a la manufactura de la madera⁵⁶. Sin duda la mencionada explotación del bosque atacameño requirió de una tecnología forestal, esta vez representada en las hachas de piedra tallada enmangadas en maderos de algarrobo. Desafortunadamente la mala preservación de objetos de madera y tejidos impide una apreciación correcta de las destrezas formativas tardías, pero sabemos que entre las ofrendas funerarias se vuelven comunes las tabletas del complejo psicotrópico⁵⁷. Estas prácticas de adquisición de conocimiento trascendental

⁵¹ Llagostera *et al.* 1984; Moragas 1982; Núñez 1971; Pollard 1970; Thomas *et al.* 1995; Thomas *et al.* 2002.

⁵² Gallardo *et al.* 2013.

⁵³ Agüero 2005; Llagostera y Costa-Junqueira 1999; Núñez 2005.

⁵⁴ Berenguer *et al.* 1986; Castro *et al.* 1992; Oyarzún 1934; Mavrikis 2003; Pollard 1970; Sinclair 2004; Sinclair *et al.* 1997; Tarragó 1968.

⁵⁵ Agüero *et al.* 2006; Agüero y Cases 2004; Uribe y Ayala 2004.

⁵⁶ Le Paige 1964; Mayer 1986.

⁵⁷ Le Paige 1965.

eran cultivadas por los atacameños, además, mediante el uso de las pipas de fumar, artefactos de filiación local y transandina propios de la tradición formativa⁵⁸.

La especial preocupación estética por la forma y contenido no estuvo limitada a la industria artesanal, sino también fue extensiva a la corporalidad. Aunque la mala preservación de los tejidos de los cementerios de esta época colabora poco respecto al conocimiento sobre la indumentaria, los especialistas creen que mantas y túnicas eran de uso frecuente en los oasis del salar⁵⁹. Los estudios indican que las deformaciones craneanas afectaban a un porcentaje significativo de la población atacameña⁶⁰. A temprana edad el cráneo era modelado por medio de tablillas o cojinetes que ejercían presión sobre la zona anterior y posterior de la cabeza, un torniquete que provocaba una ostentosa elongación tubular de la bóveda craneal. Muchos adultos exhibían también sus aletillas nasales y labio inferior perforados, agujeros artificiales que permitían exhibir pequeños cilindros de cuarzo lechoso pulido cuyas aletas posteriores fijaban este adorno de modo seguro⁶¹.

La hegemonía cultural de las comunidades del salar no fue obstáculo para el desarrollo de la diversidad y agencia local, pues tanto la costa como las tierras altas muestran logros independientes de interacción social. Mientras el litoral exhibe una vigorosa interacción producto de la movilidad costera que incorpora tanto el litoral de Copiapó-Taltal con el sur de Tarapacá, entre las comunidades del interior del desierto de Atacama existe una de carácter excepcional. A orillas de la extensa vega de Turí, sobre los 3.000 metros en la localidad del río Salado, un grupo formativo levantó una aldea de recintos confeccionados en barro y grandes piedras fundacionales que vivió a expensas de sus rebaños de llamas⁶². La superficie tapizada de desechos sugiere una ocupación doméstica intensa que incluye la metalurgia y la producción de cuentas en mineral de cobre, aunque con un repertorio de bienes cerámicos y líticos foráneos que son prueba de su gravitante papel en la red de intercambios e interacción entre las comunidades del altiplano boliviano, el Noroeste Argentino, el salar de Atacama y el río Loa. Hasta ahora este es el único sitio que incluye alfarería Tiwanaku temprana en asociación a cerámicas transandinas como Condorhuasi, Ciénaga, San Francisco, Vaquerías y las variedades Sequitor de la época. Una prueba más que la configuración social e identidad cultural de las comunidades formativas de la región atacameña estuvo determinada por la naturaleza ecozonal de las economías sedentarias, su posición estratégica sobre el mapa de la geografía política y las relaciones sociales preferenciales derivadas de estas condiciones.

3. El Periodo Medio en San Pedro de Atacama

Como consecuencia del proceso de desarrollo cultural verificado en la antigua Atacama a lo largo del Formativo, el oasis de San Pedro de Atacama surgió en el Periodo Medio como el centro social y económico más gravitante de la región. En la fase Quitar (400-700 años d.C.), que marca el comienzo de este periodo, San Pedro se consolidó además como uno de los

⁵⁸ Torres y Repke 2006.

⁵⁹ Agüero y Cases 2004.

⁶⁰ Torres-Rouff 2007.

⁶¹ Le Paige 1964; Tarragó 1968.

⁶² Núñez 1965b; Sinclair 2004; Rees y De Souza 2004.

principales nodos de una extensa red de interacción social y circulación de bienes, que excedía en mucho los límites del territorio circumpuneño⁶³. Durante esta fase cultural y, principalmente, durante la siguiente fase Coyo (700-1000 años d.C.), los contactos con Tiwanaku en el lago Titicaca, con Aguada en el Noroeste Argentino y con una miríada de otros centros o nodos de los Andes Centro-Sur, fueron instrumentales para los cambios sociopolíticos que experimentaron las comunidades locales, lapso que ha sido calificado como de apogeo de la sociedad atacameña.

3.1. *San Pedro entre los siglos V y X*

A comienzos del Periodo Medio las comunidades atacameñas combinaban a la perfección la recolección, la caza, el pastoreo y la horticultura en una sola y diversificada estrategia de subsistencia. Esta estrategia precisaba de una gran movilidad a través de diferentes elevaciones, resultando en formas de microverticalidad que variaban según las posibilidades ofrecidas por la gradiente altitudinal en cada lugar⁶⁴. La recolección era seguramente una actividad realizada en todos los pisos ecológicos, pero en la ecozona de puna el énfasis estaba en el pastoreo de llamas, la caza de animales salvajes y la recolección, mientras que en las quebradas de la cordillera era la horticultura y el pastoreo. En ecozonas más bajas y con mayor potencial agrícola, como los oasis, se cultivaba maíz, poroto, ají, cucurbitáceas y otros productos comestibles, aunque a la sombra de las arboledas se recolectaban también frutos de chañar, vainas de algarrobo y una variedad de otros vegetales.

Muchos atacameños de esta época parecen haber vivido dispersos en pequeños asentamientos en las quebradas y la puna, pero el grueso de la población residía en medio de los oasis⁶⁵ (Figura 6). Es que una vez que las dunas terminaron por cubrir las aldeas de Tulo y otras similares en los *ayllus* periféricos de San Pedro de Atacama, se produjeron cambios en la localización de los asentamientos⁶⁶. Probablemente estas relocalizaciones estuvieron ligadas también al incremento demográfico, al desarrollo de técnicas de canalización de las aguas con fines agrícolas y, quizás, al ingreso del maíz, aunque algunos autores retrotraen el arribo de este cereal al Formativo Temprano⁶⁷. Este proceso de crecimiento poblacional y el consiguiente aumento en la densidad de asentamientos parece haberse dado por fisión y segmentación de los núcleos aldeanos iniciales y haber continuado durante los siglos posteriores hasta abarcar todos los *ayllus*. Los sitios habitacionales pasaron ahora a ocupar virtualmente la totalidad de San Pedro de Atacama, de preferencia los *ayllus* centrales, acaso como una manera de controlar en forma más activa las aguas superficiales y subterráneas del delta generado por los ríos Vilama y San Pedro⁶⁸.

⁶³ La secuencia cultural usada en esta sección se basa en Tarragó (1968) y Berenguer *et al.* (1986), con modificaciones de Tarragó (1989). Para propuestas de cambios parciales en su cronología y periodización, véase Llagostera (1996) y Llagostera y Costa-Junqueira (1999). Para críticas, véase Torres-Rouff (2012).

⁶⁴ El concepto de "microverticalidad" se aplica cuando este acceso se ejerce a distancias cortas, pero de gran variación en alturas, como es el caso del transecto puna-oasis en las regiones atacameñas.

⁶⁵ Agüero 2005.

⁶⁶ Hubbe *et al.* 2012; Llagostera *et al.* 1984. Los *ayllus* son los sectores en que actualmente se halla dividido el pueblo.

⁶⁷ Llagostera 1996.

⁶⁸ Llagostera 1996; Llagostera y Costa-Junqueira 1999.

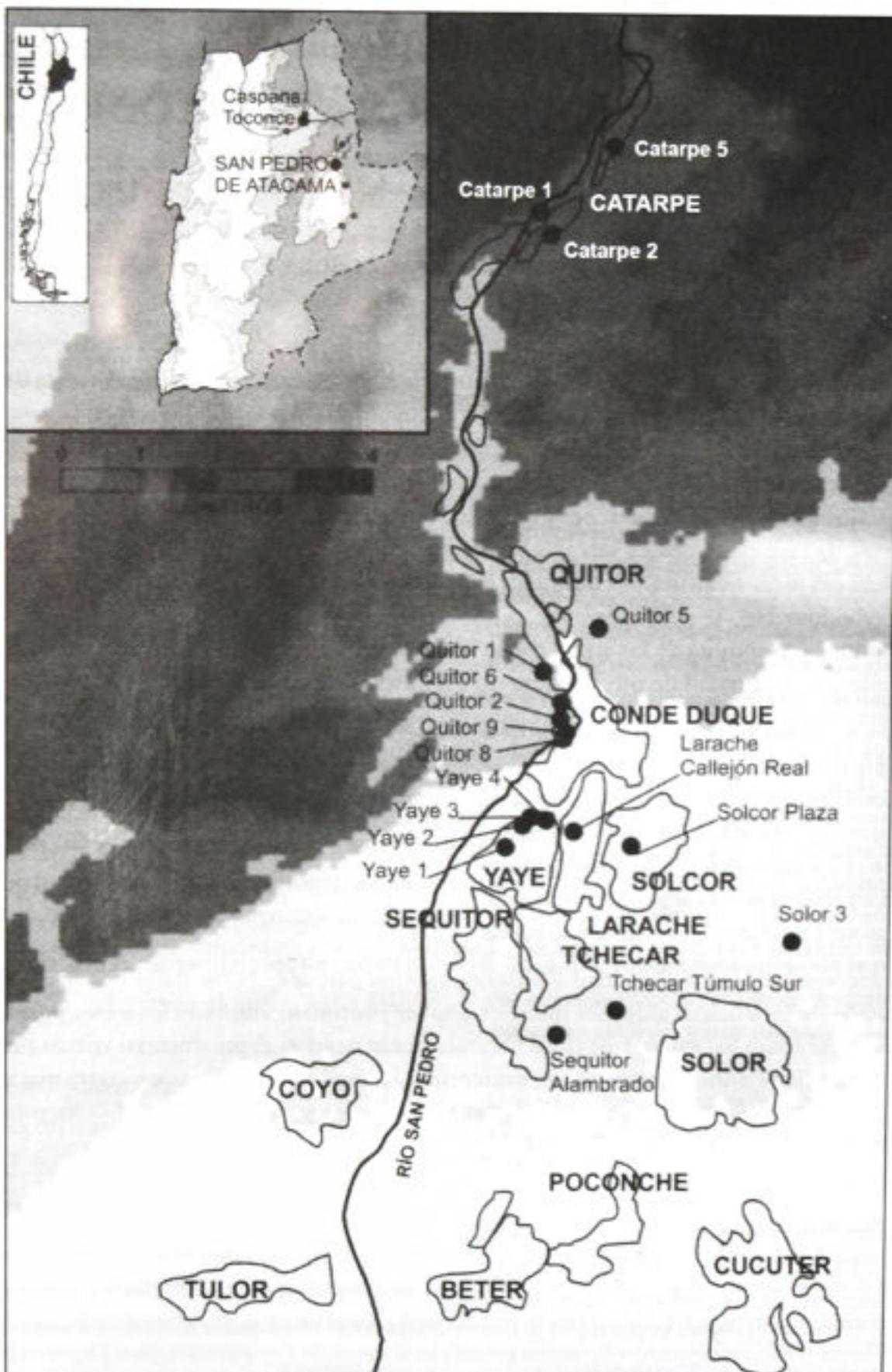


Figura 6. Mapa de los ayllus de San Pedro de Atacama con la localización de sus principales cementerios prehispánicos (Fuente: M. Hubbe et al. 2011).

Considerando cementerios y sitios habitacionales, se estima que los sitios de la fase Quitor totalizan 42, localizados en los *ayllus* de Beter, Coyo, Cucuter, Larache, Poconche, Quitor, Sequitor, Solcor, Solor, Tchaputchayna y Yaye. Durante la fase Coyo se mantienen las características de la fase precedente, por lo general mediante la continuidad ocupacional de los *ayllus* indicados previamente, aunque varios son establecimientos nuevos dentro de los sectores ya conocidos. Los sitios con componentes de esta fase cultural sumarían 39, repartidos entre Beter, Coyo, Solor, Tchaputchayna y Yaye⁶⁹. Los últimos estudios notan una correlación muy estrecha entre la localización de los cementerios y sus sitios habitacionales⁷⁰.

En comparación con el Formativo, el área de interacción no cambió mucho de un periodo a otro. Esta área abarcaba una enorme extensión, que incluía las selvas orientales, los valles transandinos, el altiplano nuclear y meridional de Bolivia, el desierto central y la costa del Pacífico. No obstante, las comunidades atacameñas del Periodo Medio tuvieron un acceso mucho mayor a artículos exógenos. Así lo atestigua el notable aumento en la frecuencia de bienes foráneos en los contextos funerarios de San Pedro de Atacama: maderas, cañas, sustancias psicoactivas, caracoles terrestres (*Strophocheilus oblongus*), plumas de aves tropicales, obsidiana, plumas y huevos de parinas, pescados y conchas marinas, así como una amplia variedad de manufacturas tales como textiles, cestos, artefactos de madera, utensilios de hueso y objetos metálicos⁷¹. También aparecen cerámicas propias de los valles calchaquies, de Lerma-Tarija, de épocas previas a la tradición tardía de la cerámica Yavi Chico policroma, vasos Isla y afines, como también cerámicas de Tiwanaku, Cochabamba, Potosí y Chuquisaca⁷². Esta variopinta y masiva existencia de bienes de regiones tan distantes es la que ha llevado a pensar que San Pedro se convirtió, durante este periodo, en un neurálgico centro de intercambios de productos⁷³. Buena parte de ellos se obtenía mediante operaciones de trueque y habría arribado al oasis vía tráfico de caravanas⁷⁴. Sin embargo, las llamas parecen no haber sido el único medio de transporte en la región, como lo sugieren evidencias de expediciones de grupos costeros hacia el interior sin uso de animales de carga, práctica que hunde sus raíces en el Periodo Formativo⁷⁵. Es más, se piensa que la movilidad caravanera puede haber coexistido con intercambios incorporados en otros contextos sociales, tales como visitas a los centros poblados asociados con intercambios matrimoniales y con la renovación de amistades y alianzas políticas⁷⁶.

Los análisis de antropología física sugieren una continuidad étnica de la población local a través de todo el periodo prehispánico; sin embargo en el transcurso del Periodo Medio se produjo un mayor afincamiento de individuos originarios de otras regiones; así lo refleja una

⁶⁹ Llagostera y Costa-Junqueira 1999.

⁷⁰ Hubbe *et al.* 2012.

⁷¹ Llagostera 1995; Núñez y Dillehay 1979; Tarragó 1968, 1989.

⁷² Tarragó 2006. De un universo de 1.440 unidades funerarias seriadas, pertenecientes a toda la época cerámica del salar de Atacama (Tarragó 1968, 1989), se identificaron 100 casos de objetos exógenos (excluyendo los objetos Tiwanaku e Inca), en su mayor parte pequeñas vasijas de cerámica, tabletas de madera, cestos y calabazas. Casi la mitad (46 casos) corresponde a piezas procedentes de la puna y quebradas (todos los periodos), lo que incluye la puna de Jujuy, Sud Lípez y Tarija; otros 30 al Altiplano Central y borde (todos los periodos), involucrando al borde oriental de Cochabamba-Mizque; y 24 al Noroeste Argentino (periodos Formativo y Medio), que incluye a la puna sur y la región valliserrana (Tarragó 1994:202).

⁷³ Berenguer *et al.* 1980; Berenguer y Dauelsberg 1989.

⁷⁴ Núñez y Dillehay 1979.

⁷⁵ Pimentel *et al.* 2011.

⁷⁶ Nielsen 2013.

cierta diversidad biológica de la población en los cementerios⁷⁷. Muchos de esos inmigrantes habrían sido mujeres oriundas del Noroeste Argentino, eventualmente arribadas al oasis por vínculos matrimoniales con individuos locales de cierto estatus y poder⁷⁸.

Se piensa que estas y otras interrelaciones sociales a larga distancia pueden haber sido una temprana manifestación de lo que ocurría en el siglo XVII entre las comunidades circumpuneñas, cuyas unidades domésticas mantenían múltiples alianzas matrimoniales, lazos de compadrazgo y parentescos ceremoniales con el objeto de ampliar el acceso a localidades, nichos y recursos distantes, como, asimismo, para establecer una red que permitiese el control de otras situaciones sociales⁷⁹. Cuando se considera el alto grado de riesgo e incertidumbre sobre la producción que caracteriza a la puna y sus bordes, así como el impacto regionalmente diferencial que suelen tener allí ciertos eventos climáticos (sequías, heladas, lluvias torrenciales, aluviones), se comprende cuán crucial debe haber sido desde un principio que las unidades domésticas circumpuneñas “dispersaran” estos riesgos usando tácticas sociales como esas⁸⁰.

Entre los productos locales de contraparte en las redes de circulación de objetos parecen haber estado ciertos recursos mineros. La secular explotación de turquesas y diversos oxidados de cobre en las minas de la región proveía materia prima para confeccionar cuentas, industria que, a juzgar por la presencia de estos abalorios y de trocitos de mineral de cobre en las rutas de tráfico, así como en contextos funerarios de otras regiones, puede haber representado una de las principales exportaciones de la economía atacameña⁸¹. Aunque hay diversas fuentes de mineral de cobre fuera de la región, el valor especial de las gemas de Atacama parece haber residido en una singular apreciación cultural por los matices de sus colores. Refiriéndose a los pueblos circumpuneños del siglo XVII, J. L. Martínez habla de “la exquisita finura de una cultura capaz de apreciar y valorar, como significativas e importantes, las a veces pequeñas y sutiles diferencias de sabor, textura o calidad de un mismo recurso (trátese de maíces, Algarrobos, chañares o pastos para el ganado)”⁸². Aunque difícil de comprobarlo arqueológicamente, una percepción cultural semejante puede haber operado en el caso de las cuentas de turquesa y oxidados de cobre (también de las cuentas de conchas marinas).

La exitosa estrategia de subsistencia atacameña, la inserción con características de liderazgo de San Pedro en redes de circulación de bienes a larga distancia, y los altos niveles de interacción con el exterior, trajeron prosperidad al oasis, pero aparentemente también ciertas tensiones. Por lo pronto creció la población como lo comprueba el aumento de los asentamientos y cementerios⁸³. Asimismo, mejoró la calidad de vida de los individuos, como se infiere del alza en la estatura promedio de la población y su mayor acceso a fuentes proteicas⁸⁴. Algo puede haber incidido en esta prosperidad el hecho de que durante el Periodo Medio se gozó en todo el hemisferio de condiciones más húmedas, que en el caso de Atacama deben haber generado ambientes más propicios para el crecimiento de los pastos para el ganado y para el riego de los campos agrícolas⁸⁵. Pese al bienestar general que pareciera carac-

⁷⁷ Costa-Junqueira *et al.* 2008; Varela y Cocilovo 2000.

⁷⁸ Costa-Junqueira *et al.* 2008; Llagostera 1995.

⁷⁹ Llagostera 1996; Martínez 1998.

⁸⁰ Berenguer 2004a.

⁸¹ López Campeny y Escola 2007; Nielsen 2007a; Núñez 2006.

⁸² Martínez 1998:175.

⁸³ Llagostera y Costa-Junqueira 1999.

⁸⁴ Costa-Junqueira *et al.* 2008; Neves y Costa 1998.

⁸⁵ Thompson 1993.

terizar a esta época, algunos autores intuyen un incremento de la tensión social interna⁸⁶. Si bien un estudio de 577 cráneos de cementerios de Solcor, Coyo, Yaye, Quitor y Catarpe mostró que la violencia interpersonal en el Periodo Medio fue tres veces más baja que en el periodo siguiente, la creciente desigualdad social al interior del oasis puede haber sido motivo de conflictos⁸⁷. Por ejemplo, se ha encontrado que individuos del cementerio Solcor Plaza, de relativa baja riqueza en sus ofrendas, fueron más susceptibles a eventos de violencia que aquellos enterrados en Solcor-3, un cementerio evaluado como contemporáneo con el anterior y con una mayor cantidad de ofrendas foráneas en las tumbas⁸⁸. Esta inferencia depende, naturalmente, de que estos sitios sean efectivamente contemporáneos, ya que al menos una parte de Solcor Plaza presenta claramente un componente de la primera mitad del Periodo Intermedio Tardío, por lo que dichos eventos podrían estar reflejando la situación de violencia que prevaleció en el periodo siguiente.

En síntesis, el estudio de cementerios del Periodo Medio muestra inequidades en la cantidad de ofrendas, en el acceso a bienes exógenos y en las condiciones de vida de la población, con todas las implicancias que esto pudo tener en términos de diferenciación social y potenciales conflictos internos⁸⁹. Es posible que esta inequidad se haya debido a que, desde muy temprano, se configuraron en el área al menos dos esferas separadas de circulación de objetos: una de bienes de consumo, abierta a toda la comunidad, y otra de bienes de estatus, restringida a unos pocos individuos que gracias a ello acumulaban poder político y religioso (Figura 7)⁹⁰. Quizás el aumento de la desigualdad explique en parte el cese, a fines del primer milenio, del periodo de mayor auge de San Pedro en toda su historia prehispánica.



Figura 7. Vasos de oro del sitio Larache, Periodo Medio, San Pedro de Atacama (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

⁸⁶ Berenguer y Dauelsberg 1989; Lessa y Mendonça de Souza 2004; Neves *et al.* 2006.

⁸⁷ Torres-Rouff 2011; Torres-Rouff *et al.* 2005.

⁸⁸ Torres-Rouff 2011.

⁸⁹ Hubbe *et al.* 2012; Torres-Rouff 2011.

⁹⁰ Berenguer *et al.* 1980; Llagostera 1996.

3.2. El proceso de cambios en el oasis

Como se señaló en la primera sección de este capítulo, desde el Periodo Formativo se había ido conformando en la puna y sus bordes un vasto sistema de interacción, que, a la larga, permitió a San Pedro de Atacama y otros centros circumpuneños aprovechar las ventajas ofrecidas por Tiwanaku, sin perder su autonomía de gestión. El Estado altiplánico habría transmitido una nueva ideología a través de "jefaturas nodales", lo que se habría traducido en cambios al interior de cada sociedad, dando prestigio a los centros de poder sin necesidad de implantar colonias y propulsando a San Pedro a la categoría de centro líder de la puna meridional⁹¹. Es preciso retroceder unos cuantos siglos antes del Periodo Medio para pormenorizar con mayor detalle la trayectoria de los cambios que en San Pedro condujeron a esta situación.

La estrecha asociación en los entierros locales de instrumentos para el consumo de sustancias psicotrópicas, mazos y hachas, como también la tendencia de estos objetos a encontrarse en las tumbas más ricas en ofrendas y con objetos metálicos, es interpretada como la aparición de jerarquías⁹². Los objetos relacionados con el uso de psicotrópicos serían símbolos de poder religioso (chamanes), y los mazos y hachas símbolos de poder civil (jefes)⁹³. En otras palabras, estos objetos marcarían distinciones de estatus y jerárquicas y, en consecuencia, su seguimiento a lo largo del tiempo permitiría inferir el proceso de complejización sociopolítica producido en San Pedro de Atacama y sus alrededores.

Fase Toconao (300 años a.C.-100 años d.C.). Aparentemente, este proceso se habría iniciado en Toconao Oriente a mediados del Periodo Formativo, donde, a juzgar por el denso cementerio que Gustavo Le Paige encontró en ese lugar, se presume estaría el asentamiento agroalfarero más antiguo en los de oasis⁹⁴. Se piensa que durante la fase Toconao habrían surgido los primeros chamanes y jefes, detectables en las tumbas por sus ajuares más abundantes, como también por el uso de pipas de cerámica (elementos de estatus) y de mazos de piedra (símbolos de poder). Consistente con esta época de incipiente definición étnica, la cerámica encontrada en las tumbas posee aún características muy heterogéneas, sin que pueda reconocerse un estilo propiamente local. En su mayoría, son piezas foráneas de diversa procedencia, probablemente obtenidas mediante intercambios por los jefes que manejaban las relaciones de otros grupos con el suyo propio.

Fase Sequitor (100-400 años d.C.). En las postrimerías del Periodo Formativo los jefes y chamanes de esta fase continúan distinguiéndose por ajuares mortuorios igualmente ricos, con pipas y mazos de piedra, pero comienzan a agregarse unas pocas tabletas para alucinógenos arribadas del exterior y artefactos de cobre (*tupus*, plumas y pectorales, incluyendo mazos). Algunos autores asumen que la manufactura de los artefactos metálicos era exógena y que únicamente podían acceder a ellos los jefes de los centros involucrados en las transacciones interregionales⁹⁵. Las pipas, que en esta fase aún son la principal modalidad de consumo de sustancias psicotrópicas en San Pedro de Atacama y Toconao, dejan de ser objetos de uso socialmente tan exclusivo como en los tiempos previos; además, empiezan a disminuir paula-

⁹¹ Llagostera 1995, 1996.

⁹² Llagostera 2006b; Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011.

⁹³ Llagostera 1996; Nielsen 2013.

⁹⁴ Llagostera 1996. Otros estudios, sin embargo, señalan que los primeros asentamientos en San Pedro de Atacama serían tan antiguos como el del oasis de Toconao (Agüero 2005).

⁹⁵ Llagostera 1996. Para una opinión diferente, véase Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes (2011).

tinamente en las tumbas. Por un corto tiempo coexisten con las primeras tabletas, hasta desaparecer definitivamente del oasis hacia el siglo IV⁹⁶. Pese a que en la fase Sequitor se observa todavía una gran diversidad en la alfarería, como se aprecia en la aldea de Tulo, comenzaría a configurarse en estos momentos la tradición cerámica negra pulida, cambio que es interpretado como una etapa más avanzada en el proceso de definición étnica local.

Fase Quito (400-700 años d.C). En esta fase, correspondiente a la primera mitad del Periodo Medio, es cuando la tradición alfarera local alcanza su más alta expresión técnica y estética. Nos referimos al emblemático tipo cerámico Negro Pulido, que incluye botellones decorados con rostros humanos estilizados en el cuello, diferentes a los rostros más naturalistas de los botellones del tipo Gris Pulido Fino de la fase Sequitor⁹⁷. El tipo Negro Pulido incluye, además, vasos, cuencos, escudillas y una variedad de otras formas de vasijas. A mediados de esta fase aparece también un reducido número de escudillas negras o rojas, otras grabadas con diseños geométricos y llamas estilizadas, y, en un número todavía más pequeño, vasijas de paredes gruesas, pulidas de manera más rudimentaria que adelantan la fase siguiente⁹⁸. Este proceso de definición étnica local a través de la cerámica parece tener su correlato en la deformación cefálica, ya que, aunque esta continúa siendo múltiple, empieza a predominar la de tipo tabular, lo que sugiere la definición de un patrón local de deformación⁹⁹.

Quito es la fase en San Pedro en que se incorporan con fuerza los implementos para inhalar alucinógenos por la nariz, incluyendo tabletas de estilos locales y foráneos, varias de ellas de estilo Tiwanaku (Figuras 8 y 9). De 255 individuos enterrados en el cementerio de Quito-6, 35 portan tabletas, y de 70 individuos en Solcor-3, 12 incluyen tabletas en sus oferitorios funerarios. Además, se observa una correlación positiva en los contextos funerarios entre objetos foráneos y objetos para inhalar psicotrópicos. Sin embargo, no se advierten desbalances entre portadores y no portadores de tabletas en cuanto a la cantidad de cerámicas en las ofrendas mortuorias, sugiriendo que los usuarios de los objetos psicotrópicos (los chamanes) no tenían un prestigio demasiado mayor al de los demás individuos de la sociedad. Aparentemente se produciría una mayor jerarquización en los dirigentes, condición notoria en la coexistencia de mazos y hachas, mostrando que las jefaturas no se hallan tan individualizadas como en las dos fases anteriores. Tanto en Quito como en Solcor más del 50% de los individuos está enterrado con mazos o hachas. Por ejemplo, de 103 tumbas de Quito-6, 10 presentan mazos y 25 hachas, todos de piedra excepto tres mazos de cobre. Sin embargo, considerando solo a los portadores de mazos metálicos, hay un portador por cada 85 individuos, lo que sería consistente con jefaturas de mayor cobertura y jerarquía. O sea, solo algunos difuntos poseen emblemas de mayor prestigio (mazos de cobre), lo que implica la existencia de un rango superior de individuos en la sociedad, algo así como un poder de tipo corporativo, con la participación de todos los jefes de unidades domésticas, pero con una jefatura mayor recayendo en uno de ellos. En todo caso, el cuadro que surge de estos datos funerarios es el de una sociedad aparentemente igualitaria, en que el poder civil todavía no estaba tan estrechamente vinculado con el poder religioso¹⁰⁰.

⁹⁶ Berenguer *et al.* 1986. De aproximadamente 60 pipas enteras o fragmentadas, cinco se hallaron asociadas a equipos inhalatorios (Torres y Repke 2006).

⁹⁷ Tarragó 1976.

⁹⁸ Tarragó 1968, 1976.

⁹⁹ Llagostera 2006a; Stovel 2005.

¹⁰⁰ Llagostera 1996.



Figura 8. Tableta para el uso de psicoactivos, oasis de Atacama (Gentileza: F. Maldonado-Roi).



Figura 9. Tableta para el uso de psicoactivos, oasis de Atacama (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

Poca duda cabe que promediando la fase Quitar (cerca del año 500 d.C. en adelante) se inicia un cambio notable en el desarrollo cultural de San Pedro de Atacama, coincidente con el ingreso de una mayor cantidad de objetos de estilo Tiwanaku. Se cree que este cambio, que no afectó los patrones estilísticos de la cerámica local, supuso una readecuación interna: habría provocado un importante replanteamiento ideológico, el que fue absorbido y difundido por los jefes locales, aunque no por medio de colonos o religiosos procedentes de Tiwanaku, como proponen algunos autores¹⁰¹. En efecto, una de las hipótesis sobre la naturaleza de la presencia de materiales de Tiwanaku en San Pedro es que las relaciones entre ambas

¹⁰¹ I. Lagostera 1996, 2006a.

sociedades fueron de carácter directo, implicando el arribo al oasis de colonos de la metrópoli altiplánica¹⁰². Otra hipótesis similar postula que al oasis llegaron religiosos de Tiwanaku, específicamente una suerte de orden sacerdotal que habría introducido nuevos elementos rituales y que, al menos en los inicios, habría dado lugar a un estrato superior de individuos foráneos y otro inferior integrado por individuos locales¹⁰³. Sin embargo, en San Pedro no se han encontrado asentamientos ni tumbas al estilo Tiwanaku, y tampoco hay arquitectura monumental o administrativa, como ocurre con las colonias tiwanakotas en Moquegua, Perú. Además, los materiales Tiwanaku son evaluados como comparativamente escasos en las tumbas, siempre forman parte de contextos locales y rara vez hay piezas que muestren una hibridación entre el estilo Tiwanaku y los estilos locales, como sucede en esa localidad del sur peruano, en Cochabamba y en Arica¹⁰⁴. Se ha argumentado también que los tipos de deformación craneana prevalecientes en los cementerios con mayor índice de “tiwanakización” (Solcor-3 y Coyo Oriente) no son frecuentes en el lago Titicaca. Es más, un estudio de isótopos del estroncio en esqueletos humanos enterrados con materiales Tiwanaku en Coyo-3, Coyo Oriente y Solcor-3, descarta que estos individuos hayan vivido en la cuenca del lago Titicaca durante los primeros años de su vida¹⁰⁵. Todos estos reparos erosionan fuertemente la hipótesis de una colonia del Estado altiplánico. Aun así, hay que reconocer que análisis más recientes del oxígeno e isótopos del estroncio señalan que en los cementerios de Solcor hubo tanto individuos locales como inmigrantes de primera generación potencialmente venidos del centro de Tiwanaku, revelando que el debate sobre los supuestos colonos no está aún del todo resuelto¹⁰⁶.

La opinión dominante en la actualidad es que las relaciones entre Tiwanaku y San Pedro habrían sido de carácter indirecto. Aunque algunas versiones de esta hipótesis proponen que la producción de San Pedro fue “capturada” por Tiwanaku y que este Estado ejerció cierta influencia política, realizó proselitismo religioso y controló el tráfico de bienes suntuarios en San Pedro, merced a la cooperación de élites-clientes locales empapadas en la ideología estatal, en el presente se tiende a interpretar estas interrelaciones como parte del vasto sistema de interacción “reticular” que se fue estructurando a partir del Periodo Formativo entre los nodos circumpuneños¹⁰⁷. En el funcionamiento de esta red habrían desempeñado un rol crucial los intercambios a nivel de jefes conforme a mecanismos de reciprocidad; los contactos y traspasos de bienes a larga distancia eran de tipo “secuencial”, es decir, se habrían efectuado a través de un encadenamiento de interacciones entre jefes de comunidades que habitaban los espacios intermedios entre el lago Titicaca y el salar de Atacama¹⁰⁸. La versión más extrema de esta hipótesis sostiene que Tiwanaku fue tan solo un miembro más de este sistema reticular y que, en esos contactos y traspasos, el papel de intermediarios correspondió probablemente a los pastores-caravaneros que residían en internodos como los del sureste de Lippez¹⁰⁹. Otras visiones, en cambio, estiman difícil que objetos tan especiales, como aquellos relacionados con el complejo psicotrópico, se hayan incorporado a un simple sistema de true-

¹⁰² Núñez *et al.* 1975; Oakland 1992.

¹⁰³ Benavente *et al.* 1986.

¹⁰⁴ Llagostera 1996; Uribe y Aguero 2001, 2004.

¹⁰⁵ Knudson 2007.

¹⁰⁶ Nado *et al.* 2012.

¹⁰⁷ Berenguer y Dauelsberg 1989; Kolata 1993; Llagostera 1995, 1996; Núñez y Dillehay 1979.

¹⁰⁸ Berenguer *et al.* 1980; Tarragó 2006.

¹⁰⁹ Nielsen 2013.

ques, favoreciéndose, más bien la idea de que su circulación en el espacio circumpuneño necesariamente debió tener connotaciones sociopolíticas también muy especiales¹¹⁰.

Fase Coyo (700-1.000 años d.C.). Esta fase corresponde a la segunda mitad del Periodo Medio en San Pedro de Atacama. Se caracteriza por el tipo Gris Pulido Grueso, una alfarería pulida sin mayor esmero, que comprende cuencos, vasos y botellones derivados de la fase anterior, asociada a escudillas negras o rojas grabadas, así como a otras vasijas de diversas tipologías y facturas¹¹¹. La deformación craneana en esta época es predominantemente tabular erecta, en mucho menor cantidad del tipo circular y mínimamente tabular oblicua¹¹².

Coyo es la fase en que hasta un 70% de los portadores de tabletas posee también hachas. Se sostiene que los jefes y chamanes se distinguen del resto por portar hachas de cobre y tabletas de estilo Tiwanaku, pero pareciera que la correlación entre ambos artefactos no es tan estrecha en las tumbas. Se afirma también que los ajuares funerarios más ricos en cuanto a objetos corresponden a portadores de tabletas, deduciéndose que la asimilación de la ideología de Tiwanaku elevó la importancia, prestigio y poder de los chamanes. Si antes los íconos de las tabletas reflejaban una imaginaria cosmológica mayoritariamente naturalista, ahora arriban imágenes mucho más complejas. Se supone que con estos íconos ingresa un nuevo conjunto de entidades sobrenaturales, que seguramente trae nuevos dogmas y pautas de conducta respecto a las divinidades y a la sociedad misma¹¹³.

Pese a que se registran objetos de estilo Tiwanaku en la fase Quito, en la fase Coyo son mucho más numerosos y variados, aunque escasos en relación con los objetos locales y claramente intrusivos en los contextos funerarios¹¹⁴. Tomando el amplio lapso entre 510 y 1.230 años d.C., se afirma que los artefactos Tiwanaku en San Pedro de Atacama, que suman 147, provienen de los cementerios de Catarpe-2, Coyo Oriente, Quito-2, 3, 4, 5, 6, 9, Sequitor Alambrado Oriente, Solcor, Solcor-3, Tchecar, Tchilimoya, Toconao Oriente y Yaye, y comprenden tubos y tabletas para inhalar psicotrópicos, textiles, cerámicas, cubiletes de hueso decorados, *terras* de madera (Figura 10) y otros objetos en número muy menor. La cifra, sin embargo, puede estar estimada a la baja.

Desde ya, el número de tabletas de estilo Tiwanaku en los cementerios de San Pedro aún está abierto a discusión, porque depende del criterio empleado en la adscripción. Típicamente, la mayoría de la veintena de tabletas de este estilo encontradas en Bolivia tiene la forma de un trapecoide de lados hiperbólicos, con una cavidad rectangular para depositar los polvos y un panel plano donde está la decoración¹¹⁵. Si se usa la presencia de decoración como criterio definitorio, las tabletas adscritas al estilo Tiwanaku en San Pedro suman 63, equivalentes a un 10% del universo total¹¹⁶. Otro cálculo con este mismo criterio, pero basado en un total de 160 tabletas del Periodo Medio, arroja 34 unidades, o sea, un 17,5%¹¹⁷. En cambio, si se atiende a la forma trapecoidal-hiperbólica del artefacto, existen por lo menos otras

¹¹⁰ Berenguer 1993; Llagostera 1995.

¹¹¹ Tarragó 1968, 1989. Para otra opinión ver Uribe *et al.* 2016.

¹¹² Llagostera 1996; Torres-Rouff 2007.

¹¹³ Llagostera 2004, 2006a.

¹¹⁴ Llagostera 1996.

¹¹⁵ Véase Laza 2007; Torres y Repke 2006; Posnansky 1957; Wassén 1972. Casi todas las tabletas encontradas en Tiwanaku son de piedra, pero se estima que fueron mucho más numerosas las de madera, las que no se conservaron por la humedad imperante en el altiplano (Berenguer 1987; Berenguer y Dauelsberg 1989).

¹¹⁶ Torres y Repke 2006.

¹¹⁷ Llagostera 2006b.

114 tabletas sin decoración que también pueden adjudicarse al estilo de Tiwanaku, elevando a 261 la cantidad de artefactos de esta afiliación en San Pedro de Atacama¹¹⁸. Se ha señalado que estas últimas serían las tabletas más comunes en el oasis durante el Periodo Medio¹¹⁹.



Figura 10. Kero de madera de San Pedro de Atacama (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

La verdad es que, incluso si no se consideran estas 114 tabletas, los materiales Tiwanaku siguen siendo lejos el conjunto más cuantioso y diverso de objetos de una cultura foránea en todo el periodo (y quizás en toda la secuencia prehispánica), superando en mucho a las 20 piezas provenientes de Aguada, del Noroeste Argentino. Estas últimas consisten en 14 “tipas” o cestos bordados de Coyo Oriente, Solcor-3 y Quitar-1, un vaso-*kero* de madera con un felino tallado en el borde de Quitar-6 (Figura 10), una figurilla femenina de madera de Coyo Oriente, un palillo lliptero con una figura femenina de Solcor-3, una túnica o *unku* sin procedencia conocida y, posiblemente, un fragmento de cuchara de madera con un felino y un hombre tallados en la punta del mango, así como una escudilla con diseños negros con franjas rojas sobre fondo rojo amarillento con aplicaciones zoomorfas en el borde¹²⁰.

Una peculiaridad de Coyo Oriente –que junto a Solcor-3 son los cementerios con mayor índice de “tiwanakización”– es el alto número de martillos de piedra (alrededor de 40), los que, por lo demás, solo existen en el *ayllu* de ese nombre. Estas herramientas se relacionarían con trabajos en minas y canteras, señalando el surgimiento de una especialización laboral justo en momentos en que los artefactos de cobre y bronce se incrementan notoriamente

¹¹⁸ Berenguer 1987, 1993.

¹¹⁹ Llagostera 2004.

¹²⁰ Berenguer 1984; Llagostera 1995.

en los cementerios locales¹²¹. Un campamento minero-extractivo en Chuquicamata (CHU-2) fechado en años cal. 780-1.040 d.C. (desde donde pueden haber accedido mineros como el "Hombre de Cobre" de Chuquicamata, fechado en 550 a 600 años d.C.), minas como Cerro Turquesa (El Abra) con evidencias fechadas en años cal. 880-1.010 d.C. y años cal. 790-1.040 d.C. y martillos de Chuquicamata fechados en años cal. 555-654 d.C., refuerzan la idea de que, con anterioridad a los incas, los atacameños organizaban grupos de mineros en los distritos más mineralizados de la región del río Loa, siendo posible que esta situación se haya repetido en la región del salar de Atacama¹²². De ahí que no sea extraño que, hasta hace un tiempo, se haya pensado que contingentes de mineros atacameños trabajaban las minas de la región para Tiwanaku¹²³. No obstante, análisis de isótopos estables de plomo indican que no hay cobre atacameño en los artefactos metálicos encontrados en Tiwanaku y que los objetos de bronce en las tumbas de San Pedro fueron elaborados mayoritariamente con metales exógenos¹²⁴. Por supuesto, todavía no está claro si estos objetos eran elaborados en San Pedro a partir de lingotes importados, o bien si lo eran en las mismas zonas de proveniencia de los minerales. Lo cierto es que estos datos descartarían una división del trabajo tendiente a integrar recursos minero-metalúrgicos entre ambas áreas. Sin embargo, se mantiene como una incógnita cuáles fueron las fuentes de origen del níquel de las aleaciones ternarias Cu-As-Ni (cobre con arsénico y níquel) que, según estos autores, presentan muchos de esos artefactos, aunque las sospechas iniciales apuntan hacia el Noroeste Argentino. Dado que Coyo Oriente presenta varios objetos Aguada, algunos autores piensan que la relación de la gente de este *ayllu* con esa entidad cultural del Noroeste Argentino podría sustentar una hipotética relación entre los "mineros" de Coyo Oriente y los metalurgistas de la Aguada¹²⁵. Otros, en cambio, apuntan que, si hubiese habido una relación con esos metalurgistas, lo esperable es que las aleaciones predominantes fueran el bronce y el denominado bronce al plomo o bien el cobre-plomo, características de la Aguada; sin embargo, en San Pedro domina la aleación ternaria Cu-As-Ni, que no se ha detectado en ningún artefacto de la Aguada y que, en cambio, es característica de Tiwanaku¹²⁶.

En todo caso, parece que no todos los objetos metálicos son exógenos en San Pedro de Atacama. Recientes análisis composicionales de varios artefactos encontrados en diferentes cementerios locales (mazos, hachas "T", punzones y *tupus*), arrojan cobres sin alcar¹²⁷. Dado que estos cobres son raros en las dos principales tradiciones metalúrgicas del periodo –Tiwanaku y la Aguada– esos análisis abren la posibilidad de la existencia de una metalurgia local¹²⁸. Esta posibilidad es coherente con el hallazgo de escorias, gotas de metal y lingoteras en ciertas tumbas y sitios del Periodo Medio, como es el caso de Coyo Aldea, Solor-3 y Solor-4¹²⁹.

Como parte del medio centenar de cuerpos exhumados en el cementerio de Larache Callejón (uno de los *ayllus* centrales del oasis de San Pedro de Atacama), se encontraron tres

¹²¹ Llagostera 1996; Tarragó 1968.

¹²² Bird 1979; Núñez 2006; Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011, entre otros.

¹²³ Berenguer y Dauelsberg 1989.

¹²⁴ Lechtman 2003; Lechtman y Macfarlane 2006.

¹²⁵ Llagostera 1996; véase también Berenguer y Dauelsberg 1989; Llagostera 1995 y Tarragó 2006.

¹²⁶ Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011.

¹²⁷ Lechtman y Macfarlane 2006; Maldonado B. *et al.* 2010; Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011.

¹²⁸ Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011.

¹²⁹ Núñez 2006; Salazar, Figueroa, Morata, Mille, Manríquez y Cifuentes 2011.

individuos y ofrendas funerarias que se apartan radicalmente del patrón general¹³⁰. Los cuerpos corresponden a un varón sin deformación craneana, una mujer con deformación tabular oblicua y otra con circular erecta, esta última una deformación muy frecuente en el altiplano que circunda el lago Titicaca¹³¹. Por desgracia la humedad del lugar destruyó los tejidos, tabletas y otros objetos de material orgánico que probablemente acompañaban a los difuntos. Lo que se preservó, sin embargo, es tan excepcional que solo pudo pertenecer a individuos de muy alto rango¹³². Las ofrendas de Larache Callejón comprenden un *tero* y dos vaso-retratos de oro de estilo Tiwanaku y varios adornos del mismo metal, incluyendo anillos, diademas, plumas, brazaletes, pectorales, placas y campanillas. Completan el conjunto hachas de oro, cobre y bronce, algunos ornamentos de este último metal y finos collares de malaquita. Algunos investigadores sostienen que la atipicidad observada responde a una instalación directa de un grupo de evidente afiliación Tiwanaku arribado a San Pedro¹³³. Otros concuerdan en que este contexto artefactual atípico y ciertas características bioculturales discrepantes con los demás sitios (deformación craneana), así como la ausencia de cerámica local, podrían singularizar a este hallazgo como la única evidencia de un enclave intrusivo en San Pedro de Atacama. Sin embargo, sus estudios proponen una interpretación alternativa: el contexto sería el producto de un desarrollo elitista local incentivado por Tiwanaku, que en los siglos finales del Periodo Medio culminaría con la emergencia de un señorío, en cuyas manos habría estado la administración de la interacción interregional¹³⁴.

3.3. La situación fuera del oasis

Cerámicas del Periodo Medio de San Pedro de Atacama se han encontrado en lugares tan lejanos como la quebrada de Tarapacá en el norte, valle del Hualfín y La Poma en el Noroeste Argentino y El Torón en el Norte Chico. También en sitios ribereños del río Loa como Chiu-Chiu, Conchi, El Abra y Santa Bárbara, al igual que en Tebenquiche y otros lugares de la puna argentina, incluyendo una supuesta colonia en Calahoyo. Asimismo, se han encontrado en Playa Blanca, Cobija, Mejillones, Abtao, Antofagasta y Taltal, entre varios otros puntos de la costa arreica del norte de Chile. La idea de que el hallazgo de estas cerámicas de San Pedro en la costa arreica obedecería a la implantación de colonias o enclaves atacameños ha sido discutida recientemente para el caso de Taltal, sosteniéndose que esos materiales se introdujeron en los contextos sociales y económicos de los grupos de pescadores locales por medio de intercambios con los oasis interiores¹³⁵. Se desconoce, sin embargo, si esta última situación es representativa del resto del litoral.

En cambio, el hallazgo de artefactos relacionados con Tiwanaku en la región se reduce casi exclusivamente al oasis de San Pedro de Atacama. Aparte de un gorro de cuatro puntas policromo en Topáter (Calama) y otro monocromo en Quillagua (Figura 11), se han reporta-

¹³⁰ Le Paige 1964:53-54, L4m. 101.

¹³¹ Llagostera 1996.

¹³² Un rescate realizado a fines de la década de 1980 en este mismo sitio rindió abundantes artefactos en oro adicionales (Tamblay 2004). Una situación semejante se detectó en un rescate más reciente realizado en la Casa Parroquial de San Pedro de Atacama (Télez y Murphy 2007).

¹³³ Benavente *et al.* 1986.

¹³⁴ Llagostera 1996. Otros autores consideran impracticable que hubiera habido élites que controlasen el tráfico y los intercambios interregionales en la subárea circumpuneña, incluyendo San Pedro de Atacama (Nielsen 2013).

¹³⁵ Núñez 2006; Salazar *et al.* 2009.

do dos tabletas decoradas con personajes de perfil provenientes de Chiu-Chiu, uno similar a los personajes del arquitrabe de Kantatayita y a los de la Puerta del Sol, así como varios fragmentos de túnicas decoradas con estos personajes y una vasija de cerámica de estilo Tiwanaku¹³⁶. Pueden agregarse cuatro fragmentos cerámicos de esta afiliación, tres hallados en el corredor de Laguna Colorada y uno en el corredor de Laguna Verde, ambos conectando la región de Sud Lipez con las regiones atacameñas¹³⁷. No obstante, salvo Topáter y esos corredores, ninguno de estos hallazgos posee información contextual. Este déficit de materiales Tiwanaku fuera de San Pedro es intrigante, pero, al menos en el caso de Chiu-Chiu, las pocas evidencias aportadas por sus cementerios pueden ser engañosas, ya que esos sitios han estado expuestos a constantes saqueos por lo menos desde el siglo XIX, y no sabemos si algunos de ellos contenían más materiales de Tiwanaku.



Figura 11. Gorro de cuatro puntas, de mayor frecuencia en el área de Valles Occidentales (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

Pese a estos déficits en la información actualmente disponible, lo que sí parece un hecho comprobado es que los profundos cambios experimentados por la sociedad local en San Pedro de Atacama no se vieron reflejados de la misma manera en otras zonas del territorio atacameño. La ya mencionada costa arcaica se mantuvo ocupada por poblaciones de cazadores, recolectores y pescadores de alta movilidad residencial, quienes mantuvieron relaciones permanentes con las poblaciones de agropastores del interior. Por su parte, en la cuenca del río Loa la ausencia relativa de materiales vinculados con Tiwanaku es coherente con la conti-

¹³⁶ Berenguer y Dauelsberg 1989: Figura 9b; Latcham 1938:285; Rydén 1944: Figura 79-V; Uhle 1912: Figura 4.

¹³⁷ Nielsen 2013.

nidad de la cerámica Sequitor y otros tipos característicos del Formativo Tardío hasta finales del primer milenio después de Cristo, estando prácticamente ausentes las características cerámicas de las fases Quito y Coyo del salar de Atacama¹³⁸.

Lo anterior sugiere la existencia de diferencias entre las poblaciones atacameñas de San Pedro de Atacama y las de la cuenca del río Loa, incluyendo el río Salado, el Alto Loa, Chiu-Chiu, Calama y Quillagua. En la actualidad la mayoría de los autores coincide en considerar que las formas de vida propias del Formativo Tardío se mantuvieron en la cuenca del Loa hasta dar paso al Periodo Intermedio Tardío, hacia el año 1.000 d.C. aproximadamente. Sabemos que, al menos en el río Salado, durante la segunda mitad del primer milenio de nuestra Era, se produjo la consolidación de un sistema de asentamiento dominado por una ocupación intensiva en Turi Aldea, y una serie de ocupaciones más esporádicas en aldeas menores y en aleros, así como un sistema de intensos intercambios a larga distancia, en especial con el Noroeste Argentino¹³⁹. Lo anterior sugiere que se trata de una sociedad que, si bien emparentada con San Pedro de Atacama, mantuvo independencia política y económica de dicho centro y atrajo escasamente el interés de Tiwanaku. Asimismo, ratifica la idea de que el auge experimentado por la sociedad sanpedrina a nivel regional no puede entenderse sin considerar la estrecha relación que este nodo mantuvo con Tiwanaku a partir del siglo VI d.C.

Digamos, para finalizar, que no es claro por qué el trepidante proceso de desarrollo que caracterizó a San Pedro de Atacama durante el Periodo Medio y lo distinguió en el ámbito de la región, terminó tan abruptamente a fines del primer milenio. En el periodo siguiente se podrá apreciar una época en que las redes de tráfico se acortan y hay una pérdida de preeminencia de la identidad sanpedrina a nivel regional, en beneficio de las comunidades de la cuenca del río Loa¹⁴⁰. Al comienzo de esta sección anticipamos que una respuesta parcial al problema podría estar en el incremento de la desigualdad social, que es inherente al sistema de jefes acumuladores de poder político y religioso, pero queda mucho por investigar antes de demostrar esta hipótesis. Lo que sí consta es que esta situación coincide virtualmente con la desaparición de dos miembros de la red de San Pedro: Tiwanaku en el norte y la Aguada en el sur¹⁴¹. Si esa desaparición no hubiese ocurrido, parece difícil que San Pedro hubiera experimentado la declinación que algunos autores observan, cuestión que, a lo menos, pondría en tela de juicio la idea de que Tiwanaku y Aguada fueron tan solo dos nodos más de la red interactiva de San Pedro. Por otra parte, es sugerente en términos de factores coadyuvantes que la bonanza de San Pedro en el primer milenio coincida con un intervalo de mayor humedad en los Andes, especialmente después del año 600 d.C., y que esas condiciones cambiaran radicalmente con posterioridad a los 1.000 años d.C., cuando devino un periodo mucho más seco¹⁴². Son todos temas de la transición entre los periodos Medio e Intermedio Tardío, que tal vez por situarse en una indefinida interfaz cronológica, no han sido abordados con suficiente detalle por la arqueología.

Creemos, en todo caso, que la imagen decadente y hasta turbulenta con que tradicionalmente han sido descritos los comienzos del Intermedio Tardío no hace justicia a los logros de

¹³⁸ Adán y Uribe 1995; Berenguer 2004a; Sinclair *et al.* 1997; Sinclair 2004.

¹³⁹ Sinclair 2004.

¹⁴⁰ Berenguer 2004a; Berenguer y Dauelsberg 1989; Costa-Junqueira 1988; Llagostera 1996, 2004; Núñez y Dillehay 1979; Tarragó 1968, 1989; Torres-Rouff *et al.* 2005; Varela y Cocilovo 2000.

¹⁴¹ Berenguer 2004a; Llagostera 1996, 2004.

¹⁴² Thompson 1993.

las sociedades atacameñas de este periodo, materia que será tratada en la siguiente sección de este capítulo.

4. Periodo Intermedio Tardío (850-1.470 años d.C.)

Como en las secciones anteriores, las fases culturales representan expresiones definidas en tiempo y espacio de una identidad cultural mayor, que en este caso une los mundos andinos de la región de oasis del desierto de Atacama y la cuenca superior y media del río Loa al norreste de San Pedro de Atacama.

Luego de las propuestas de Le Paige, Orellana, Núñez y Tarragó en la década de los años 1960¹⁴³, durante los años 1980 y principios de los '90, se ofrecieron remozadas periodificaciones¹⁴⁴. Con estos antecedentes y el avance de los estudios en la región, Uribe¹⁴⁵ nos ofrece su periodificación construida a mediados de los años 2000. De esta organización consideraremos aquella mención que involucra al Periodo Intermedio Tardío o de los Desarrollos Regionales en las tierras altas de la Región de Antofagasta.

Nos referimos a las fases culturales Yaye-Solor en el salar de Atacama, la fase Turi en las tierras altas del Loa que ensambla la tradición del desierto con la tradición altiplánica¹⁴⁶ y la fase Toconce-Zapar que integra diferentes grados de presencia de la tradición altiplánica tanto en el salar de Atacama como en las tierras altas del Loa¹⁴⁷. Todas ellas se insertan en el Periodo Intermedio Tardío entre los años 850 y 1.470 años d.C., época de desarrollo local y regional, entre lo que fue la expansión Tiwanaku y la posterior presencia del *Tawantinsuyo* en estos territorios. Nos encontramos en un tiempo en el cual los elementos de prestigio o bienes de estatus no están estrictamente apegados a núcleos de poder expansivos, no llevan íconos de esos modos de representación social, lo que no necesariamente significa un "empobrecimiento cultural"; es solo que hay diferentes dinámicas en juego, ahora entre grupos de complejidad sociopolítica análoga, asociadas a una segmentación territorial más explícita y a identidades más localistas. En consecuencia, debemos apreciar la manifestación de otras formas de expresión material, tanto en uso como en función¹⁴⁸.

La conformación de este periodo a partir de las fases culturales que lo precedieron se da en un contexto de transformaciones. La presencia Tiwanaku, tan evidente en los oasis de Atacama, va diluyéndose paulatinamente, terminando por desaparecer hacia los 1.000 años d.C. La población se reorganiza y se percibe una trama social basada en una sociedad de rango¹⁴⁹, con identidades locales definidas a través de sus materialidades. Es el tiempo de la conformación de señoríos locales con poder organizativo para trabajos comunales, ayudados por miembros de las distintas unidades domésticas de su

¹⁴³ Uribe *et al.* 2004.

¹⁴⁴ Aldunate *et al.* 1986; Tarragó 1989; Aldunate 1991; Núñez 1992c.

¹⁴⁵ Uribe, Adán y Agüero 2004.

¹⁴⁶ Véase Castro y Martínez (1996), quienes describen latamente los énfasis que definen estas tradiciones. La Tradición del Desierto más propiamente atacameña y asociada territorialmente al ámbito del salar de Atacama; la Tradición altiplánica, más propia de las tierras altas de la vertiente oriental y occidental circumpuneña territorialmente articuladas con la cuenca del río Loa.

¹⁴⁷ Véase Orellana 1968; Castro *et al.* 1979, 1984, 1993; Tarragó 1989; Aldunate y Castro 1981; Aldunate *et al.* 1986; Berenguer *et al.* 1984; Aldunate 1991; Adán y Uribe 1995; Ayala 2000; Uribe *et al.* 2004.

¹⁴⁸ Castro 1995.

¹⁴⁹ Sauer Fried 1967.

comunidad¹⁵⁰. Estas agrupaciones sociopolíticas y sus dirigentes establecen redes interregionales dentro de niveles de relaciones jerarquizadas, especialmente articuladas por una dinámica regida por el entrecruzamiento de varias esferas de interacción, orientadas por un patrón generalizado de alta movilidad en busca de recursos y bienes. En el amplio territorio entre costa y puna estas alianzas articulan mecanismos claves tales como el tráfico de caravanas, ferias y otros dependientes de las unidades domésticas y sus redes sociales¹⁵¹.

El Periodo Intermedio Tardío difiere de la etapa anterior en que las sociedades requieren mantener equilibrios entre grupos locales que se diferencian, más que en una producción específica, en el modo en que usan sus bienes, en la apuesta a un intercambio de ciertos recursos identitarios, en el aprovechamiento de desarrollos desiguales y combinados entre comunidades, y en el hecho de compartir una forma de ver el mundo posiblemente sacralizado a través de un calendario económico ceremonial, en donde se integra el habitar cotidiano con su paisaje percibido y el mundo de los ancestros¹⁵². Este panorama se inspira en los ejemplos ofrecidos por los registros arqueológicos, la etnohistoria y la etnografía regional¹⁵³.

La sociedad correspondiente a esta época ha recorrido un largo camino de transformaciones, desde el descubrimiento de la domesticación en el Periodo Arcaico, y la paulatina constitución de una vida aldeana que estimula alianzas de parentesco, conformando unidades sociales mayores. Dentro de esta dinámica se interdigitan lenguas y territorios con poblaciones que comparten una economía de patrón agropastoril, con énfasis diferenciados en donde el quehacer cotidiano no da tregua entre el trabajo en los campos de cultivo, el cuidado del rebaño, las prácticas de caza y recolección, y el cuidado de una organización social que permite trabajar y vivir con eficiencia y seguridad.

Esta armonía social se puede ver interrumpida a veces por conflictos latentes o manifiestos, por situaciones inesperadas, por desequilibrios internos o externos de las comunidades, tal como puede visualizarse a través de la arquitectura para este periodo. Para referirnos a las diversas materialidades que dan cuenta de estas transformaciones y organizarnos en el eje temporal y espacial recurriremos a una armazón tradicional que constituye, sin embargo, una herramienta de trabajo dinámica para los arqueólogos.

Durante este periodo hay elementos comunes y diferenciales en los oasis de San Pedro y en la cuenca del Loa. Entre los patrones comunes se encuentra la construcción de aldeas sobre promontorios con buena visibilidad sobre el valle, la pampa o la vega, que hoy reciben el nombre de *Pukara*. Este tipo de edificación en piedra está habitualmente rodeado por un muro perimetral, asociado a vías de circulación internas y externas. Los recintos son contiguos, la mayoría de carácter habitacional, aunque se puede distinguir algunos espacios públicos como plazas y áreas de trabajo comunal¹⁵⁴, áreas de depósitos y cementerio. Los más conocidos son el *pukara* de Quito (Figura 12) en San Pedro de Atacama, y los de Lasana (Figura 13),

¹⁵⁰ Nos referimos al concepto de comunidad en un contexto de relaciones sociales cara a cara que se reúnen en torno a objetivos compartidos, orientados por una jerarquía interna que les permite desarrollar obras para el bien de todos; dejamos claro que este concepto que puede usarse tanto en tiempos prehispánicos como republicanos, está lejos del concepto de comunidad toledana resultante de agrupaciones forzadas por la política de reducciones coloniales ("reducciones a pueblos").

¹⁵¹ Schiappacasse *et al.* 1989; Nielsen 2007a; Dillehay *et al.* 2006.

¹⁵² Castro y Aldunate 2003; Castro y Varela 1994.

¹⁵³ Aldunate *et al.* 2003.

¹⁵⁴ Cornejo 1990.

Chiu-Chiu y Turi (Figura 14) en la cuenca del río Loa, este último asociado a una extensa vega con recursos de pastos permanentes¹⁵⁵ y a la llamada ecozona de quebradas intermedias.



Figura 12. Pukara de Quito en San Pedro de Atacama (Gentileza: F. Maldonado-Roi).



Figura 13. Pukara de Lasana, río Loa Medio (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

¹⁵⁵ Schiappacasse *et al.* 1989; Aldunate 1991; Castro *et al.* 1993.



Figura 14. Pukara de Turi a 3.000 msnm, río Loa Superior (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

Como lo esbozaremos en las líneas siguientes, tradicionalmente el lugar estratégico escogido y el muro perimetral asociado a los *pukara* se ha vinculado con situaciones de conflicto; pero a menudo, en el mundo andino prehispánico, los artefactos y conductas obedecen a razones más bien multifuncionales. El muro perimetral de una aldea también protege del viento, protege a niños, ancianos y al ganado que se “acorrala” intrasitio¹⁵⁶. No obstante, si se cruzan otros datos¹⁵⁷ con la existencia de este tipo de asentamiento, se puede validar la hipótesis de los enfrentamientos en esta época y alimentar interpretaciones en esa dirección. Pero téngase presente que con excepción del *pukara* de Turi, asentamiento no reconstruido que fue estudiado sistemáticamente durante más de una década, Lasana y Quitar han sido reconstruidos sin efectuarse rigurosos estudios arqueológicos, al igual que otros menores dentro de esta categoría como son los asentamientos de Vilama, Oyrintur, Alto del Abra y el Tchapuraqui.

¹⁵⁶ Castro 1995.

¹⁵⁷ Por ejemplo, interpretación de registros bioantropológicos, hallazgo de armas en tumbas de la región interpretación de algunas imágenes del arte rupestre (Llagostera 2013:155-189).

En beneficio a esta hipótesis, es cierto que los *pukara* se han situado en puntos de travesía claves que articulan pasos de una cuenca a otra y distintos pisos ecológicos dentro de la vertiente occidental de la subárea circumpuneña. En la vertiente oriental andina, desde el sur de Perú, en Bolivia y especialmente en el Noroeste Argentino, el fenómeno *pukara* es igualmente conspicuo en esta época¹⁵⁸.

Se ha planteado que la generación de problemas pudo darse por desplazamiento de poblaciones desde el lago Titicaca¹⁵⁹ hacia el sur en razón de una intensa sequía¹⁶⁰, afectando principalmente a poblaciones del altiplano y puna. En todo caso, si hubo sequía en el altiplano nuclear también lo hubo en la puna del sur, ya que el sistema paleoclimático es el mismo. Las populosas poblaciones pastoriles allí residentes habrían visto resentido su propio sistema productivo, sin lograr obtener cobertura para sus necesidades de productos agrícolas a través del flujo de intercambios complementarios. El maíz pudo haber sido el principal motivo de enfrentamiento, ya que se habría convertido en un valioso y apetecido recurso por su alto valor dietético y ceremonial. No conocemos cuál fue el patrón que tomaron estos enfrentamientos, pero con otros indicadores como son los aportes de la bioantropología y expresiones de arte rupestre se pueden plantear hipótesis alternativas. En el Noroeste Argentino la metalurgia de "guerra" fue mucho más evidente que en el norte de Chile, por lo menos hasta donde lo denota la investigación actual.

Se registra en los cementerios de la época que un tercio de la población presenta huellas de traumas y heridas recibidas en enfrentamientos, situación que afectó tanto a hombres como a mujeres¹⁶¹. Estos traumas son innegables, independientemente de cuál fue la razón de la acción que los produjo; bien puede deberse a razones bélicas vinculadas con crisis de producción o tensiones territoriales o por efectos ceremoniales. Conocemos hoy día los *tinku*¹⁶², fuertes batallas rituales entre parcialidades de pueblos que deben dejar marcas análogas a las que el bioantropólogo encuentra en el pasado. Queda latente e invitando a profundizar los estudios el tema de la beligerancia propuesta para este periodo¹⁶³.

Un tipo de patrón de asentamiento muy específico para esta época y diferente del anterior está inspirado en el altiplano de Omasuyo, y posiblemente asociado a migraciones poblacionales sin retorno. Comprende aldeas en laderas asociadas a cementerios en abrigos rocosos; y en la parte más alta del asentamiento el establecimiento de sectores de *chullpa*¹⁶⁴, además de reductos de cumbre a veces vinculados a actividades minerometalúrgicas y en los alrededores, asociación a extensas áreas de terrazas de cultivo. Esta constelación de elementos representa una arquitectura con referentes en los pisos ecológicos situados entre los 3.800 y 3.000 metros de altitud que se descuelga desde el altiplano del Titicaca hasta estas latitudes en la vertiente occidental circumpuneña, donde se encuentra al menos, en las localidades de Toconce, Paniri, Turi y hasta Zapar¹⁶⁵. El conjunto mejor estudiado hasta el presente, con fechados absolutos y análisis finos sobre la arquitectura y su rol ceremonial, ha sido realizado en la localidad de Toconce. Allí se ha comprobado que estos torreones con vano a me-

¹⁵⁸ Nielsen 2007b.

¹⁵⁹ Castro *et al.* 1984.

¹⁶⁰ Thompson *et al.* 1985; Thompson 1993.

¹⁶¹ Torres-Rouff *et al.* 2005.

¹⁶² Romero 1996.

¹⁶³ Aguayo 2008.

¹⁶⁴ Aldunate *et al.* 1981.

¹⁶⁵ Schiappacasse *et al.* 1989; Castro *et al.* 1979, 1984; Aldunate y Castro 1981; Bercoquer *et al.* 1984; Uribe *et al.* 2004.

dia altura del muro, conocidos como *chullpa*, orientan sus vanos hacia aquellos cerros que la actual población originaria considera tutelares y sagrados¹⁶⁶.

En general, en este tipo de arquitectura de quebradas altas predomina como materia prima la piedra, a diferencia de otra clase de asentamiento típica del oasis de San Pedro de Atacama, como es el caso de la aldea de Solor, con recintos habitacionales contiguos, depósitos y patios interiores¹⁶⁷, privilegiando el adobe, material constructivo típico del Salar hasta la actualidad. A este asentamiento se le asociarían dos reductos de cumbre en Vilama que podrían cumplir la función asignada a los *pukara*¹⁶⁸ y el gran *pukara* de Quito, construido en piedra y que domina todo el oasis del mismo nombre.

En el conjunto de la ocupación del espacio, marcada por estas diferentes formas constructivas, hay aldeas de diversas dimensiones, la mayoría de ellas asociadas a cementerios y sectores de cultivo. También a lo largo de la gradiente altitudinal hay *paskan*as o lugares de descanso vinculadas a vías de circulación entre localidades y a menudo a corrales para los camélidos. Entre las obras de gran envergadura que requirieron la conducción de los líderes étnicos para la organización de la fuerza laboral habría que considerar el despliegue de tecnologías agrohidráulicas, como terrazas y canchones de cultivo asociados a sistemas de riego complejos¹⁶⁹, particularmente en la cuenca del río Salado, aunque es posible que aquellas del sector alto de Socaire en el salar de Atacama puedan ser en parte de esta misma época.

Los lugares de enterramiento fueron principalmente abrigos rocosos sellados con muros complementarios o sin ellos, fosos cilíndricos subterráneos revestidos de piedra y cerrados con piedra laja, inhumaciones directas en tierra dentro y fuera de las casas. En el ajuar funerario ocasionalmente se encuentran vestimentas, collares de liparita o de minerales de cobre y tocados cefálicos. Las ofrendas consisten especialmente en semillas y frutos, herramientas vinculadas al quehacer económico agropastoril, alfarería, cestería, calabazas pirograbadas y textiles¹⁷⁰.

En este periodo son las calabazas y el arte rupestre los soportes que contienen la mayor parte de la iconografía¹⁷¹. Destaca entre otros el caserío de Santa Bárbara 41, a 100 km de Calama y a 3.200 msnm en las riberas del Loa, que cuenta con 42 recintos habitacionales y 18 paneles de arte rupestre asociados. El conjunto ha sido fechado entre 1.390 y 1.440 años d.C. y asignado a la fase Turi II del Periodo Intermedio Tardío del Loa Superior¹⁷². Este asentamiento se asocia con el estilo de arte rupestre Santa Bárbara vinculado al tráfico caravanero¹⁷³ (Figura 15), el que, con variaciones, tiene amplia distribución en sectores de tránsito¹⁷⁴ como Piedra de la Coca, Purilactis, Río Salado o Chuschul, San Bartolo¹⁷⁵, Toconao, quebrada Tulan y otros espacios de esta vertiente occidental. En estos paneles pueden observarse escenas de caravaneros, es decir, personajes conduciendo camélidos cargados y sin carga. Estos camélidos son de tamaño pequeño, lo que marca una fuerte diferencia con aquellos naturalistas y de gran tamaño de los periodos Arcaico y Formativo. En ocasiones los personajes se presen-

¹⁶⁶ Aldunate y Castro 1981; Berenguer *et al.* 1984; Castro y Aldunate 2003.

¹⁶⁷ Uribe *et al.* 2004.

¹⁶⁸ Adán y Uribe 1995.

¹⁶⁹ Castro 1988; Schiappacasse *et al.* 1989; Alliende *et al.* 1993.

¹⁷⁰ Aldunate y Castro 1981.

¹⁷¹ Schiappacasse *et al.* 1989.

¹⁷² Cáceres y Berenguer 1996.

¹⁷³ Berenguer *et al.* 1985.

¹⁷⁴ Núñez, Cartajena, Loo, Ramos, Cruz y Ramírez 1997.

¹⁷⁵ Aldunate *et al.* 2005.

tan con vestuario completo incluyendo tocados cefálicos y, a veces, petos o escudos con diseños geométricos o imitando piel de jaguar. Se asocia un personaje de significación ritual, un elemento de cotradición que se presenta en el Área Central y Centro-sur andina desde el Periodo Formativo, conocido como el Sacrificador y que se caracteriza normalmente por llevar una cabeza cortada en una mano y un hacha en la opuesta¹⁷⁶. El estilo Santa Bárbara se ha circunscrito a los años 990 a 1.425 d.C. y podría tener su origen en el Noroeste Argentino, donde es profuso¹⁷⁷.



Figura 15. Arte rupestre de estilo Santa Bárbara, río Loa Superior (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

¹⁷⁶ López 2007.

¹⁷⁷ Berenguer 2004a.

No obstante, fruto de la larga tradición de arte rupestre, presente en la zona desde épocas de cazadores-recolectores y de la diversidad poblacional del Intermedio Tardío, es que podemos encontrar otras expresiones de arte rupestre en toda la región de estudio, conocidas por sus sitios principales como, por ejemplo, Pampa Viscachilla en cercanía con la actual comunidad de Río Grande, una verdadera pizarra del pasado al presente¹⁷⁸.

Un portador de diseños de algún modo identitarios de la época son los textiles. Algunas técnicas desarrolladas desde temprano, como la técnica de "teñido por amarra", perdura hasta la primera mitad del Periodo Intermedio Tardío (900-1.200 años d.C.)¹⁷⁹. En la localidad de San Pedro de Atacama son conocidos los tocados de piel en forma de corona, túnicas rectangulares con terminación lateral de bordados en puntada satín y "saquitos" para amuletos, junto con talegas y costales con decoraciones de listas y en damero¹⁸⁰.

La cerámica es otra de las materialidades con alta visibilidad en los sitios arqueológicos, la que actúa en muchos casos como marcador cronológico, situación no ajena al periodo en estudio. Fragmentos de tiestos alfareros se encuentran dispersos en todos los sitios habitacionales, caminos y sitios agropastoriles, mientras que piezas enteras provienen de cementerios.

En efecto, la cerámica es un indicador bien estudiado que nos permite señalar que en la primera mitad de este periodo¹⁸¹ sufre cambios técnicos, funcionales y estilísticos. En el salar de Atacama el cambio funcional se ve asociado a la existencia de grandes cántaros con alisado de superficie, técnica y forma que ahora predomina por sobre piezas de menores proporciones y pulidas en cuanto a contenedores de líquidos; ocasionalmente se encuentran cántaros revestidos de pintura roja y ollas alisadas eventualmente utilizadas como urnas. A modo de contenedor para sólidos aparecen escudillas negras pulidas. La cerámica de la región del Loa Superior de esta época, de amplia distribución regional, también se encuentra en la franja de oasis, especialmente aquella definida como los tipos Dupont y Ayquina¹⁸². En la transición entre las fases Yaye y Solor se distribuye diferencialmente la alfarería San Pedro Rojo violáceo y el tipo cerámico Solcor-Solor, constituido por las urnas con entierros de Solcor que corresponden al tipo Turi Rojo Burdo, con revestimiento blanco externo¹⁸³. Luego del año 1.200 d.C. durante la fase Solor, la cerámica más representada a nivel regional, incluyendo San Pedro de Atacama y sus oasis, son los tipos alfareros Turi rojo alisado y Ayquina; en esta segunda etapa se suman alfarerías foráneas y otras de factura local¹⁸⁴. Entre las primeras está presente tempranamente en el Loa Superior la cerámica Hedionda¹⁸⁵, de origen altiplánico, que hacia el año 1.300 d.C. se extiende al resto del Loa y a los asentamientos de Zapar y Catarpe en el salar de Atacama. Esta situación afirma el nexo existente entre al menos estas dos poblaciones con grupos del Loa Superior, asentadas en Toconce y Turi, que por este periodo fueron parte de una esfera de interacción vinculada al Altiplano Meridional¹⁸⁶.

¹⁷⁸ Aguayo 2008.

¹⁷⁹ Cases y Agüero 2004.

¹⁸⁰ Agüero *et al.* 1997; Caffarena 2014.

¹⁸¹ Fase Yaye ca. 950 a 1.200 d.C.

¹⁸² Orellana 1968; Tarragó 1989.

¹⁸³ Uribe y Adán 1995.

¹⁸⁴ Varela *et al.* 1993; Uribe y Adán 1995.

¹⁸⁵ Castro *et al.* 1979.

¹⁸⁶ Uribe y Cabello 2005; Castro *et al.* 1979.

En cuanto al material lítico, en general predominan los artefactos de molienda¹⁸⁷ y palas líticas de utilidad múltiple, a menudo de andesita. Hay puntas de proyectil para flechas y guijarros pequeños para el uso de hondas. En algunos sitios habitacionales se encuentran áreas de actividad que pueden dar cuenta de procesos de talla. Por otra parte, en reductos de cumbre, en estructuras tipo paravientos y en *chullpas*, es posible encontrar mineral de cobre molido, material ocasionalmente utilizado como ofrenda.

Aparte del valor indudablemente alimenticio de semillas como chañar y algarrobo, la caza y consumo de aves, camélidos y roedores como la vizcacha (*Lagidium* sp.) y el cholulo (*Ctenomys* sp.) son parte del registro arqueológico en los sitios habitacionales. También se encuentran restos quemados en los depósitos de las *chullpas* de Toconce, a modo de ofrendas, que pudieron comprender una dimensión ritual de la comida.

Se trata de grupos sociales que diversificaron cuanto pudieron su dieta, con recursos de diferentes pisos ecológicos: como quínoa, papa, oca de pisos altos, maíz, zapallo y calabazas de pisos precordilleranos, y sin duda, cuando fue posible, productos del mar como peces y moluscos procedentes de la costa Pacífica¹⁸⁸.

En el borde costero también se encuentran semillas de algarrobo y chañar e incluso de coca¹⁸⁹. Estas situaciones no serían posibles sin el mantenimiento y desarrollo de una alta movilidad entre tierras altas y bajas por medio del tráfico caravanero, practicado por sociedades probablemente representadas por unidades domésticas dedicadas a estas prácticas.

Una materialidad que podemos destacar por los recientes estudios de que ha sido objeto es la metalurgia. La minería del cobre fue una de las actividades más tradicionales de las comunidades atacameñas desde el Periodo Formativo en adelante. Durante el Intermedio Tardío se mantiene esta característica. Los estudios arqueológicos demuestran que a contar de los años 600 d.C. aproximadamente, el mineral de cobre fue extraído para abastecer a lo menos a cuatro industrias independientes: la lapidaria, el uso del mineral molido como ofrenda, el arte rupestre y la metalurgia.

En esta época es conocido el uso del mineral de cobre molido como ofrenda en diversos contextos rituales, tanto funerarios como, muy especialmente, caravaneros¹⁹⁰. De acuerdo con información etnográfica, el mineral de cobre habría sido considerado "alimento de los cerros" y sería un ingrediente fundamental en las ofrendas caravaneras de Atacama y áreas vecinas¹⁹¹. El tercer uso principal del mineral de cobre durante este periodo fue como pigmento en el arte rupestre. Esto ha sido documentado a partir de trabajos recientes realizados fundamentalmente en la cuenca del río Salado¹⁹².

En estos casos se empleó el cobre en su estado mineral, ya sea para elaborar pigmentos y abalorios o simplemente para ofrendarlo en estado natural. El cuarto uso del cobre implicó una tecnología distinta para transformarlo en metal. Se trata evidentemente de la tecnología metalúrgica, la cual posiblemente era conocida por los atacameños desde muchos siglos atrás. Para el Intermedio Tardío se ha documentado en la región atacameña una producción metalúrgica local que, si bien de dimensiones reducidas, comprendió la manufactura de objetos

¹⁸⁷ Cornejo 1990.

¹⁸⁸ Castro 2010.

¹⁸⁹ Varas 2014.

¹⁹⁰ Sinclair 1994; Berenguer 2004a.

¹⁹¹ Castro y Varela 1992; Berenguer 2004a; Nielsen 2003; Angjorama 2007.

¹⁹² Sepúlveda y Laval 2010.

de uso doméstico y suntuario tales como punzones, cinceles, anillos, campanillas, prendedores o topus y cuchillos, entre otros. No sabemos dónde se produjeron estos objetos, pero los datos actuales sugieren que al menos la etapa de fundición de minerales de cobre se realizó en diversas localidades de la región, aunque siempre a escala pequeña. La más importante evidencia de fundición de minerales de cobre durante este periodo proviene del sitio La Capilla-1 en Quillagua¹⁹³, pero también se han reportado escorias y desechos de fundición en Calama¹⁹⁴, Toconce¹⁹⁵, El Abra¹⁹⁶ y Alto Loa (Miño e Incaguasi-Loa)¹⁹⁷, mientras que en el Museo de San Pedro de Atacama existen lingoteras provenientes de los sitios Solor 3 y 4 que podrían corresponder a este periodo. También se conocen minas de cobre explotadas por los grupos atacameños en el Periodo Intermedio Tardío, en especial en El Abra¹⁹⁸, Chuquicamata¹⁹⁹, El Salvador²⁰⁰ y posiblemente San Bartolo²⁰¹, las cuales complementan este complejo panorama de producción y circulación de cobre tanto en estado mineral como metálico.

Con respecto a la lapidaria, se trata fundamentalmente de la confección de cuentas de collar y otros adornos tal como se venía haciendo desde el Periodo Formativo. Prácticamente todos los cementerios del salar de Atacama y el Loa Medio del periodo presentan cuentas de collar en minerales de cobre²⁰², lo que documenta niveles de consumo y de producción semejantes o incluso superiores a los periodos previos.

En conjunto, las evidencias directas e indirectas revisadas vienen a ratificar la existencia de una consolidada actividad minera en Atacama durante el Intermedio Tardío, la cual abasteció a lo menos las cuatro necesidades mencionadas al interior de la sociedad atacameña, además de ser destinada a operaciones de intercambio con sociedades vecinas. Para abastecer las necesidades de cobre no solo era indispensable el manejo de una adecuada tecnología y conocimientos de geología y metalurgia, sino que fue necesario poner en funcionamiento estrategias socioeconómicas que permitieran contar con los contingentes de población suficientes en los lugares de explotación y con los insumos para su subsistencia. Lo anterior era especialmente crítico en un territorio tan carente de agua y donde los principales yacimientos de cobre suelen estar a varios kilómetros del río Loa y de los oasis del salar de Atacama. Los atacameños dispusieron de distintos mecanismos sociales para lograr el abastecimiento de estos contingentes como, por ejemplo, de las colonias de mineros y artesanos lapidarios en zonas distantes y carentes de recursos locales por medio de caravanas de llamas que traían productos de la costa y valles. Tal es el caso de la mina Las Turquesas en El Salvador²⁰³. En El Abra y Chuquicamata, en cambio, desde los principales núcleos aldeanos, grupos de tarea de mineros o mineros-caravaneros accedían por cortas temporadas a las minas y luego retornaban a sus aldeas de origen²⁰⁴.

¹⁹³ Cervellino y Téllez 1980.

¹⁹⁴ Núñez *et al.* 2003; Hermosilla y Barrera 2010.

¹⁹⁵ Aldunate y Castro 1981.

¹⁹⁶ Figueroa *et al.* 2010.

¹⁹⁷ Salazar *et al.* 2013.

¹⁹⁸ Núñez 1999b; Núñez *et al.* 2003; Salazar *et al.* 2010.

¹⁹⁹ Bird 1979; Figueroa *et al.* 2013.

²⁰⁰ Westfall y González 2010.

²⁰¹ Aldunate *et al.* 2005 y 2008.

²⁰² García-Albarido 2007.

²⁰³ Westfall y González 2010.

²⁰⁴ Núñez *et al.* 2003; Salazar *et al.* 2013.

La llegada de los incas estuvo al menos en parte motivada por el eficiente sistema de explotación y distribución de minerales que había en Atacama desde el Periodo Intermedio Tardío. Una vez que el imperio cuzqueño anexó la región atacameña, los sistemas de producción minero-metalúrgicos se vieron profundamente transformados, aun cuando la tecnología milenaria de los mineros atacameños se mantuvo inalterada.

5. A modo de recapitulación

En las páginas precedentes hemos ofrecido un panorama de las sociedades prehispánicas desde la conformación de aldeas de tierras altas de Antofagasta hasta los tiempos previos a la presencia del *Tawantinsuyo*. Se aprecia que la información a nivel regional para la zona de San Pedro de Atacama y las tierras altas de la provincia de El Loa difiere en cantidad y calidad. Ello ocurre fundamentalmente por énfasis distintos en la investigación, pues las ocupaciones en los diferentes núcleos poblacionales han sido diferentes según cada periodo.

No obstante y cerrando el capítulo de tierras altas, ha quedado suficientemente claro que el despliegue fundamental de población se dio en la franja de oasis de la vertiente circumpuneña, que hemos generalizado bajo el nombre de tradición del desierto, en tanto que en las quebradas intermedias (3.000-3.300 msnm), quebradas altas (3.400-3.600 msnm) y altiplano intermontano (3.700-4.400 msnm), se extendió la tradición altiplánica. Se trata de dos tradiciones no excluyentes entre sí, de modo que pueden encontrarse mezcladas. Los nexos de la cuenca superior del Loa con las sociedades de Laguna Hedionda, Alota, Soniquera y Quetena en el altiplano de Lípez de la vertiente oriental desde los inicios del Periodo Intermedio Tardío (ca. 850 d. C.), trascendieron el tiempo hasta pleno siglo XXI.

Esta tradición altiplánica está indudablemente vinculada con aquella establecida durante el Periodo Medio en las localidades de San Pedro de Atacama, demostrando la articulación de sociedades de distinta envergadura sociopolítica, haciendo parte del universo andino.

Todo este despliegue fue posible gracias a la configuración de un sólido tejido aldeano desarrollado durante el Periodo Formativo, que ya en ese entonces permitió redes a larga distancia con grupos humanos del altiplano y del Noroeste Argentino. Pero también en el Formativo Temprano de Atacama se produjeron cambios decisivos, como la plena domesticación de camélidos con complejidades análogas a los Andes Centrales, lo que ha quedado demostrado en la existencia del templete de Tulan²⁰⁵.

Detrás de toda esta dinámica se mantuvo un ideal de autarquía y autosuficiencia por parte de la población andina, una vocación que se entroniza en un paisaje jalonado por diferentes pisos ecológicos con sus particulares recursos. Este sistema de eco-complementariedad documentado tempranamente por la etnohistoria²⁰⁶ y la arqueología, ha demostrado también su existencia con certeza por lo menos desde el Periodo Formativo en adelante. La complementariedad no solamente fue consecuencia de la necesidad de diversificar la dieta, sino muy especialmente del requerimiento por acceder a recursos y bienes de prestigio para las ofrendas a las deidades.

²⁰⁵ Núñez, Cartajena, Carrasco y De Souza 2005, 2006.

²⁰⁶ Murra 1975a.

Creemos que, en el tiempo, esta forma de organización logró buenos niveles de bienestar para sus pobladores que, con sus particularidades, proveyó también de identidades locales que enriquecieron la interdigitación étnica.

Fueron poblaciones de organización sociopolítica posiblemente articulada por sociedades de rango, con amplios lazos de parentesco y estatus jerárquico de acuerdo con la posición social ocupada dentro de cada comunidad, comunidades fuertemente basadas en la reciprocidad, la redistribución y el intercambio a corta y larga distancia, favorecido por el tráfico caravanero. Con esta realidad se encontró el Inca en estas latitudes, y son esas poblaciones las que, con las transformaciones producto de este contacto, conocerá un siglo más tarde el conquistador ibérico.

6. Las poblaciones de la costa arica de Atacama. Cazadores-recolectores marinos y complejidad social (800 años a.C.-1.560 años d.C.)

Mientras en los oasis y tierras altas del desierto de Atacama se consolidaba un modo de vida pastoril y agrícola, en el litoral habitado por cazadores-recolectores marinos se gestaban cambios correlativos a estos nuevos intereses²⁰⁷. Las poblaciones litorales contaron con embarcaciones y una especializada explotación de recursos marítimos, herencias de una experiencia histórica de larga data²⁰⁸. La caza de mamíferos terrestres y marinos, la recolección de moluscos y la pesca ofrecieron una fuente alimentaria abundante y permanente, modelando una forma social económicamente estable que dio origen a un estilo de vida que perduró hasta la época republicana temprana²⁰⁹. Esto no significa que estas comunidades hayan estado al margen de los cambios, pues su historia milenaria está jalonada por transformaciones residenciales, funerarias y tecnológicas relativas a la caza, pesca y faenamiento. Por lo tanto, el éxito de estas soluciones sociales contribuyó a largos periodos de estabilidad, pues el estilo de vida marino contemporáneo al Formativo atacameño aparece datado entre los años 800 a.C. y 600 años d.C.²¹⁰

En asociación al Formativo del interior, irrumpe en la costa un patrón funerario "monumental", con sitios de hasta un par de centenas de túmulos, algunos de los cuales alcanzan los 10 metros de diámetro y más de un metro de alto²¹¹. Un examen satelital de estos sitios entre Chipana y Cifunchos (500 km) muestra cementerios saqueados que suman unos 1.500 túmulos, cifra conservadora puesto que muchos han sido destruidos por completo en la búsqueda de curiosidades y objetos para la venta ilegal. El sitio Guasilla 29 documenta este tipo de enterramientos en túmulos con postaciones de cactáceas y esteras de fibra vegetal para envolver los cuerpos, con dataciones radiocarbónicas en un rango de 1.750±25 a 1.810 años a.p.²¹². Este tipo de patrón funerario incorpora ricas y nuevas tecnologías en los ofertorios como tejidos y adornos cefálicos. En un sitio aledaño conocido como Cobija 10 se han documentado

²⁰⁷ Llagostera 2005; Núñez y Santoro 2011.

²⁰⁸ Bird 1943; Boisset *et al.* 1969; Castelletti 2007a; Llagostera 2005; Núñez 1982c; Núñez y Santoro 2011; Castro *et al.* 2012.

²⁰⁹ Ballester y Gallardo 2011; Bollaert 1851; Phillippi 1860.

²¹⁰ FONDECYT 1110702; Moragas 1982; Núñez 1971; Spahni 1967.

²¹¹ Núñez 1971, 1982c; Mostny 1964a; Moragas 1982; Spahni 1967.

²¹² FONDECYT 1100951; Castro *et al.* 2012.

túmulos con una cronología de 350 años a.C. y 350 años d.C., y se lo ha calificado como la extensión más meridional de la tradición de túmulos de Alto Ramírez en Arica²¹³.

Poco sabemos acerca de las soluciones residenciales, pero si consideramos que esta distribución no es continua sino especialmente concentrada en la desembocadura del río Loa, el sur de Tocopilla, la península de Mejillones y Taltal, se concluye que la recurrencia ocupacional y solidaridad social funeraria implicadas sugieren una baja movilidad familiar y un alto movimiento productivo. Aunque los datos son escasos al respecto, es en esta época cuando se adoptan viviendas a modo de tolderías que acogían a varias familias como las descritas en el siglo XVI²¹⁴. La tecnología exhibe también variaciones, pues ahora aparecen anzuelos de espinas de cactus y cobre fundido, cuchillos y puntas de tamaño menor a la época previa y nuevos diseños de arpones²¹⁵. Durante todo este periodo predomina una cerámica café rojiza con inclusiones minerales blancas, de formas globulares y bordes engrosados que debieron ser usadas como utensilios de cocina²¹⁶; es en esta época también que se populariza en la costa una alfarería de tierras bajas conocida como Loa Café Alisada²¹⁷. Esta era una época costera de producción de excedentes destinados al intercambio, pues los análisis de dieta disponibles para individuos de oasis muestran un importante aporte de alimentos marinos, en especial pescado seco que permitía su almacenaje y consecuente riqueza comunal²¹⁸, productos que la arqueología en rutas de comunicación demuestra haber sido movilizados por gentes de la costa y el interior²¹⁹. Se habilitan caminos para este tráfico en donde, como elocuente testigo, ha quedado un contexto funerario único de un individuo fechado entre los años 780 a.C. y 240 d.C.²²⁰.

Este hallazgo extraordinario ha sido reportado sobre una ruta que vincula sitios localizados a unos 10 km de Tocopilla con el río Loa Inferior, y que podría continuar hasta el Loa Medio (Calama-Chiu-Chiu). El entierro comprende un montículo de piedras y sedimentos que contenía en su interior un individuo y su ofertorio: un textil cubría su tórax y abdomen y, sobre él, cinco plumas pequeñas; también tenía una bolsa tejida cerca de la cara, con múltiples reparaciones, aspecto detectado para los tejidos costeros. Dentro de las patologías reconocidas el individuo presentaba exostosis auditiva reactiva de grado leve, una lesión frecuentemente asociada a personas dedicadas al buceo. Adicionalmente, los autores constatan la asociación de 272 restos óseos de peces, provenientes tanto de la bolsa anillada, del contenido estomacal del individuo y del tamizado de sedimentos; aquellos identificados corresponden a peces de hábitos de orilla. Los investigadores plantean que el eje de tránsito fue en este caso utilizado por gente proveniente de la costa, y que el lugar del hallazgo señala un "área formalizada de descanso, siendo un paradero obligatorio para los viajeros interzonales"²²¹. Esta situación demuestra una producción excedentaria que sugiere el ascenso de una complejidad social que no era exclusiva de las poblaciones de oasis atacameños. Durante los periodos tardíos prehispánicos (900 al 1.530 años d.C. aprox.), las poblaciones costeras profi-

²¹³ Moragas 1982.

²¹⁴ Pretty 1904.

²¹⁵ Castelleti 2007a; Mostny 1964a; Núñez 1982c; Spahni 1967.

²¹⁶ Uribe y Vidal 2012; Itaci Costea, comunicación personal.

²¹⁷ Varela 2009.

²¹⁸ Ballester y Gallardo 2011; Bittmann 1979, 1986; Torres-Rouff, Pestle y Gallardo 2012.

²¹⁹ Pimentel *et al.* 2011.

²²⁰ Cases *et al.* 2008.

²²¹ Cases *et al.* 2008: 56 y 63.

tan especialmente de muchos y diferentes recursos marinos. Así por ejemplo, la diversidad taxonómica registrada en Cobija contiene especies que dan cuenta de la explotación del intermareal superior y medio de tipo rocoso, y también del inferior o submareal somero, ya que se registra picoroco (*Megabalanus psittacus*). También se puede percibir un mayor énfasis en la pesca y procesamiento del jurel (*Trachurus symmetricus*), tanto en Cobija como en caletas aledañas. Esta especie se acerca estacionalmente a ambientes litorales de baja profundidad como ensenadas y roqueríos; la aproximación de estos cardúmenes se produce principalmente en los meses estivales²²².

También hacia el siglo IX se amplía este paisaje en la medida que su integración con las tierras altas de los oasis de Atacama se intensifica. El hallazgo de algarrobo, chañar, maíz y quínoa en contextos prehispánicos tardíos de Guasilla 2²²³ es indicativo del traslado de estos recursos que provinieron del interior. En la costa el uso de embarcaciones permitió la caza y pesca a mar abierto, así como un desplazamiento mucho más rápido por el extenso litoral. La tecnología de embarcaciones ya está bien desarrollada hacia el año 900 d.C.²²⁴, jugando un rol decisivo en el abastecimiento de diferentes recursos a nivel regional y facilitando intercambios latitudinales hacia el norte y el sur. En la quebrada del Médano, cuarenta kilómetros al norte de Taltal, existen pictografías en colores rojos que reproducen escenas de caza de cetáceos, arponeados desde balsas de cueros de lobo y caza terrestre con arqueros²²⁵ (Figura 16). El tema de la complementariedad entre diversos pisos ecológicos entre costa y tierras altas, queda demostrado en los términos que L. Núñez describió en sus publicaciones de 1996 y otras. Se trata de estrategias complementarias y simultáneas, las que también se ejercen a nivel latitudinal, con certeza desde tiempos formativos. Esta forma de habitar el lugar persistirá a través de los siglos.

En tiempos prehispánicos tardíos se observa una cultura marítima bien asentada, con tecnología especializada, saberes y quehaceres que nos permiten proponer que estamos frente a un paisaje percibido como amable, generoso y libre, en donde no faltan revolucionarias innovaciones, como las embarcaciones que ampliaron notablemente el territorio y el acceso a nuevos recursos, tanto en profundidad como en extensión. Los pueblos del interior se interesaron en obtener pescado y posiblemente también guano de aves en los islotes costeros, para abonar los campos de cultivo de oasis y quebradas interiores. Una de las innovaciones fue la embarcación confeccionada con la piel de lobos marinos (*Otaria* sp.). Esta última especie fue utilizada integralmente por las poblaciones costeras, así como los grandes cetáceos.

Es muy probable que panecillos de algas, que se han encontrado en excavaciones costeras²²⁶, también fueran trasladados al interior para diversificar la dieta. Algunas especies de moluscos como el loco (*Concholepas concholepas*) no solo fueron apreciadas por su carne; sus conchas se encuentran fuertemente asociadas a contextos del Periodo Intermedio Tardío conteniendo pigmento de minerales rojos, comúnmente conocidos como alcaparrosa, usados para pinturas rupestres y diversos soportes. Mientras estos y otros productos viajaban al inte-

²²² Castro 2010.

²²³ Varas 2014.

²²⁴ Durante 2014 dos publicaciones dan cuenta de las posibilidades que desde tiempos del Holoceno Medio, en tiempos arcaicos (Santoro *et al.* en este libro), ya haya sido posible la utilización de las primeras embarcaciones en la zona. (Olguín *et al.* 2014; Andrade *et al.* 2014).

²²⁵ Mostny y Niemeyer 1983; Núñez y Contreras 2008; Berenguer 2009a; Niemeyer 2010.

²²⁶ FONDECYT 1050991.

rior, la gente de la costa recibió alfarerías de buena calidad confeccionadas en las tierras altas de Tarapacá, de los oasis de San Pedro de Atacama y el río Loa²²⁷, así como productos agrarios, ganaderos y de recolección vegetal.



Figura 16. Pinturas rupestres de El Médano (Gentileza: F. Maldonado-Roi).

Sobre este sustrato poblacional el Inca se interesa por estas localidades probablemente por sus recursos mineros y conserveros, como el charquecillo de pescado; pero aparentemente no se asienta en forma permanente, aunque existen grandes cementerios con alfarería incaica.

Vinculados o no a los incas, pero en el tiempo de su expansión, se ha propuesto que grupos del interior habrían llegado a Cobija a trabajar una mina de cobre en la localidad, de fácil acceso y explotación²²⁸. Es una época en que la importancia de los metales es superlativa, de acuerdo con los hallazgos en cementerios de la época. Asimismo, el tráfico de metales incluyó movimientos entre tierras altas y bajas; en estas jornadas se movían, además, bienes alimenticios, de estatus, de uso doméstico y materias primas²²⁹.

Estas poblaciones habían logrado una buena adaptación a este ambiente, que incluía el mar, roqueríos, playas e islas y la zona de la cordillera de la Costa, la que les proporcionó otro

²²⁷ Varela 2009.

²²⁸ Latcham 1938; Núñez L. 1984c:319.

²²⁹ Núñez L. 1984c:137 y ss.

tipo de recursos vegetales y animales como el guanaco. Pudieron disponer de ciertos excedentes productos del mar, secos y/o salados, conchas y guano, susceptibles de intercambiarse con recursos y bienes de tierras altas²⁰.

Así es como la pesca continuó representando una estrategia de subsistencia fundamental para los grupos locales durante las ocupaciones de los periodos tardíos. Los restos ictiológicos muestran frecuencias variables, conformando ocupaciones en que fueron realizadas intensas prácticas de pesca, donde ciertas especies como el jurel presentaron las mayores frecuencias. Las pesas líticas, los anzuelos metálicos y los fragmentos de lienzas de algodón se relacionaron de manera significativa con determinados depósitos. Fuera del uso de anzuelos metálicos, la gran transformación durante este periodo estuvo representada por la evidente incorporación del algodón para redes en la tecnología pesquera, sugiriendo un fuerte uso de líneas y captura con redes, ya iniciado en épocas anteriores. Sus notorias frecuencias sugieren un contexto regional altamente integrado durante los periodos tardíos, donde las tecnologías de pesca estuvieron en cierto modo condicionadas por las prácticas de caravaneo e intercambio a una escala mucho mayor. De esta forma, la pesca evidenció una fuerte relación con materias primas externas, además de una notoria especialización en la producción de instrumentos de algodón para pescar²¹.

En definitiva, a pesar de las transformaciones posteriores de la época colonial y republicana, el modo de vida tradicional basado en la caza, pesca y recolección marina persiste conservador en estas latitudes, asociado también a un quehacer minero ocasional, inserto dentro de la modernidad actual²².

²⁰ Bittmann 1979: 328-329.

²¹ García-Alberido y Castro 2014.

²² Escobar 2007; Rubio 2013.